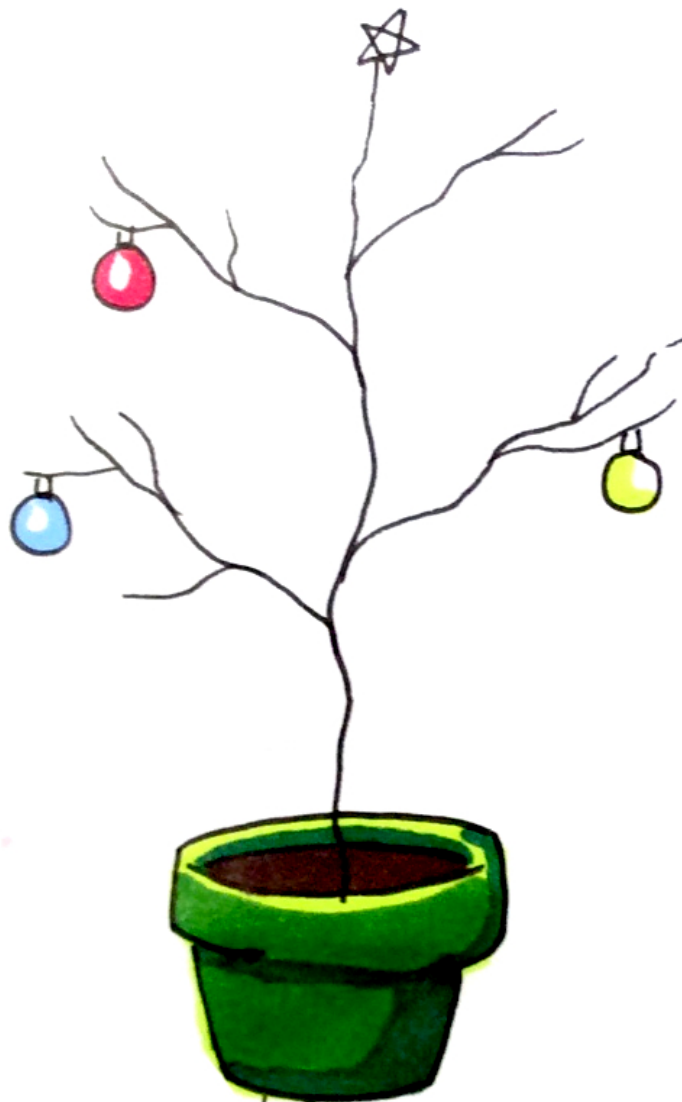


Cuento de navidad

José Malvárez Carleos

Cuento de navidad

José Malvárez Carleos



Capítulo 1

El **1 de diciembre** se despertó de madrugada, como todos los años. El resto de los meses el trabajo no abundaba. Arreglar alguna cosilla, pequeñas chapuzas sin importancia. Pero en el mes de diciembre la cosa cambiaba. Tenía que madrugar, sí, pero no le importaba. El resultado valía la pena.

Se levantó de la cama, se aseó y preparó las herramientas necesarias. Todo ello con el máximo cuidado, para no molestar a los vecinos. Vivía solo a sus 50 años. Le afectaba, no lo podía negar. Le habría gustado contraer matrimonio y poder despertar al lado de un ser querido todos los días. De enero a noviembre eso le entristecía, hacía que todas sus mañanas fueran algo más grises. Pero en diciembre todo era diferente.

Salió a la calle con su uniforme y su caja de herramientas. No había amanecido, el cielo nocturno estaba iluminado tan solo por la tenue luz amarilla proveniente de las farolas que transmitía más melancolía que seguridad. Las calles estaban desiertas y el frío empezaba a notarse, sobre todo a esas horas.

Subió al coche y cogió los papeles que había dejado el día anterior en el asiento del copiloto. Contenían el trayecto que tenía que realizar. Sus compañeros y él se habían repartido las diferentes zonas de la ciudad de la forma más eficiente, para que pudieran terminar cuanto antes.

Condujo hasta la primera ubicación, bajó del coche y observó el paseo. Pensó que era un lugar magnífico para empezar. Abrió el maletero y empezó a sacar todo el material con cuidado. Los cables eran muy extensos y resistentes, pero no quería que se rompiera nada. Si alguna fallaba se rompería la magia. Y era lo más importante de todo.

Colocó los cables a un lado, sacó la escalera portátil y la desplegó debajo del primero de los árboles. Cogió uno de los extremos del cable, subió a la escalera y empezó a colocarlos. Uno pensaría que no importaba cómo se hiciera, que el resultado sería siempre el mismo, pero no es cierto. La correcta alineación de cada uno de los cables es esencial para que se consiga la reacción óptima. Conocía a gente de otras ciudades que no se lo tomaban en serio, que no creían que valiese la pena el esfuerzo, y eso se dejaba notar porque sus gentes no estaban tan animados como los de su ciudad. Se oía menos alboroto, menos risas, menos ajeteo. En definitiva: menos felicidad. Y para él era extremadamente importante conseguir la mayor felicidad posible.

Las horas fueron avanzando a la vez que él iba desenrollando los cables, cubriendo todos los árboles del paseo. Al mismo tiempo, la gente empezaba a transitar. Eran los más madrugadores que tenían que

dirigirse a sus trabajos antes de la hora de apertura para tenerlo todo a punto. Prácticamente como él, solo que su "hora de apertura" en realidad significaba el final de su trabajo. Con los años había calculado exactamente cuánto tiempo necesitaba para terminar, e intentaba que eso sucediese en el momento correcto.

Bajó de la escalera y observó todo el paseo satisfecho. Miró su reloj y vio que se había ajustado perfectamente a su horario. Plegó la escalera y la devolvió al maletero. Se dirigió al extremo del cable que quedaba pendiendo del último árbol y lo agarró. Se detuvo un momento intentando escuchar y pronto sonó el timbre de la escuela. Los niños salieron no muy animados, congelados por culpa del frío de esta gris estación del año. Pero él seguía quieto, esperando que se acercaran. Y en cuanto los niños llegaron, conectó el cable a la luz eléctrica.

En ese momento los árboles empezaron a mostrar cientos de colores diferentes que iluminaron todo el paseo. Los niños se pararon a verlo y pasaron de una cara de perplejidad a mostrar amplias sonrisas. Pronto empezaron a gritar y a correr felices a lo largo del paseo. Y junto a ellos se unieron la gente mayor, contentos observando el júbilo infantil.

Un año más lo había conseguido. Un año más había empezado la navidad con alegría y felicidad.

Capítulo 2

El **2 de diciembre** cogió el metro como todos los días para ir a su trabajo. Esperó poco tiempo en la estación, subió al tren y se sentó en un asiento libre.

Para pasar el rato del largo trayecto sacó la tableta de su bolso, abrió las noticias y empezó a ponerse al día: unos pocos accidentes, habladurías de la cercana campaña electoral, concursos variados, una chorrada sobre Leonardo DiCaprio y un oso que ni siquiera se molestó en mirar... y de repente una noticia que le afectó sobremanera.

Ya antes de leer el texto completo, tan solo el titular, le había llamado la atención y cabreado. Mucho. Sentía una punzada en el estómago. Iba a dejarla pasar pero la curiosidad y la furia pudieron con ella, así que pulsó en el enlace y se puso a leer el artículo.

Al terminar, apagó la tableta y volvió a depositarla en su bolso. A cambio sacó su libreta de notas y cogió un bolígrafo. Empezó a escribir en cada página diferentes frases. Pasaba las hojas con rapidez, al momento de terminar de escribir la última palabra, y en cuanto tenía la siguiente hoja en blanco delante, se ponía a escribir otra más. Así hasta que rellenó la libreta por completo.

Se levantó de su asiento y observó a su alrededor. El tren iba lleno. Era de madrugada, todo el mundo se dirigía al trabajo. Primera hora, con todo el día por delante, recién levantados, algunos incluso todavía con los ojos entrecerrados debido al cansancio. Era el momento ideal.

Se acercó a una niña adolescente, rubia, de ojos verdes. Estaba agarrada a uno de los postes del vagón, con los cascos puestos y la mirada perdida. Abrió la libreta por la primera página, arrancó la hoja y se la tendió rápidamente en la mano. Sin darle tiempo a reaccionar, continuó caminando por el vagón. La niña se quedó anonada mirando la nota. Completamente desconcertada. Miró hacia atrás pero no le dio tiempo a decirle nada, porque la mujer estaba ocupada acercándose al resto de la gente del vagón y dándoles notas igual que a ella.

El resto de pasajeros del vagón observaban a esa extraña mujer que repartía notas a todo el mundo. Al principio se preguntaban ¿qué demonios estaba ocurriendo? ¿qué pretendía? Pero en el momento en que la nota llegaba a sus manos las preguntas ya no importaban. Su intención era lo de menos, lo que estaba claro es que el día había mejorado.

Cuando se quedó sin más gente a la que repartir notas, el vagón se detuvo en la estación, y se bajó. Con un rápido vistazo localizó más gente

y continuó arrancando hojas y entregando notas. Tras un buen rato, y ya cuando prácticamente había llegado al trabajo, las notas se terminaron. Se quedó mirando a las cubiertas de la libreta un momento, satisfecha. Guardó lo que quedaba en el bolso y sacó de nuevo la tableta.

Todavía estaba la noticia abierta. Hablaba de cómo una mujer había denunciado que en el metro en Inglaterra un hombre se le había acercado y dado un papel lleno de odio e insultos simplemente por su aspecto físico. Al parecer no era un caso aislado, sino que varias personas a lo largo del país estaban recibiendo notas similares, llenas de furia gratuita. Se trataba al parecer de una organización en contra de la obesidad y que se dedicaban a expandir su odio a los demás.

Antes de entrar al edificio donde trabajaba echó un vistazo a su alrededor y vio a la niña del metro, todavía con la nota en la mano. Caminaba con una amplia sonrisa en los labios. Era la mejor forma de empezar el día. De vez en cuando volvía a mirar la nota, y se quedaba contemplando las palabras escritas con una caligrafía apurada pero con ciertos adornos muy delicados.

Se cruzó con otro niño que caminaba algo triste, sabiendo que se dirigía al colegio sin muchas ganas, así que le dio la nota. El niño la cogió estupefacto y lo que leyó lo animó para todo el día:

“Eres una persona maravillosa”.

Capítulo 3

El **3 de diciembre** salió de su casa bien arreglado con su mejor traje, su colonia favorita y un precioso ramo de flores en las manos. Cada año se vestía con sus mejores galas y esta vez no iba a ser diferente.

Salió de casa y saludó a los vecinos cabeceando con una amplia sonrisa. Todo el pueblo le miraba con atención murmurando según caminaba, pero él no hacía mucho caso. Lo cierto es que no eran malos vecinos, pero el cotilleo es muy habitual en los pueblos, prácticamente una necesidad. El más pequeño cambio en la rutina generaba un desconcierto general y pronto estaba en boca de todos. En realidad la situación de este día no se salía tanto de la rutina al ser un acto anual, pero sí era diferente al resto de días del año. Sobre todo en lo que él respecta. No salía mucho de casa desde hacía tiempo, aunque anteriormente era el alma de las fiestas, uno de los mejores alcaldes del pueblo, todavía muy querido y recordado. Pero hace quince años se volvió huraño, rehuía de las muchedumbres, se quedaba en su hogar y no salía. Los que más contacto tenían con él eran los repartidores y el cartero, aunque apenas cruzaban un par de palabras después de hacer entrega de los paquetes que había solicitado. Tras eso cerraba al momento la puerta y no se sabía nada más de él. La gente apenas lo podía vislumbrar un par de minutos al día, con suerte llegaban a ser un máximo de diez a la semana. Y eso en las buenas épocas.

Había otras en las que los vecinos llegaban a tener miedo de si le había pasado algo porque dejaba de dar señales de vida. Las persianas estaban bajas, las puertas cerradas, no se oía el más mínimo ruido. Por el contrario, en las mejores épocas se podía incluso llegar a escuchar música, siempre una misma melodía, un vals que antaño era muy conocido en las fiestas del pueblo y todas las parejas bailaban felizmente a su son. Pero tan pronto como se escuchaba, dejaba de sonar y de nuevo el silencio. Era muy desconcertante.

En el día de hoy el hombre continuó atravesando el pueblo, con la mirada fija en su destino. Apenas se detuvo para mirarse en los reflejos de los escaparates y comprobar si seguía bien arreglado. Todo había de ser perfecto, puesto que solo había una ocasión al año y no podía cometer ningún fallo.

Pronto empezó a dejar atrás los edificios del pueblo, acercándose a la periferia. Su alrededor empezó a cambiar el frío gris de la piedra y el cemento por el verde azulado del bosque en invierno que se encontraba en las afueras del pueblo. Se fijó en que habían asfaltado de nuevo el camino, no recordaba cuántas veces ya, aunque sabía que de pequeño todavía era de barro. Pero mejor así, por desgracia era un camino muy transitado y todas las facilidades eran pocas. En diciembre caminar por el bosque a través de caminos de barro con temperaturas bajas no es muy

agradable para nadie, por mucha motivación que se tenga.

Llegó a un gran descampando rodeado por una gran muralla de piedra. Atravesó el negro portal de metal que se encontraba abierto y caminó con seguridad. Aunque con los años el lugar había crecido hasta convertirse casi en un laberinto de piedra, él nunca dudaba en ningún giro, sabía perfectamente cómo llegar.

Allí estaba, un año más, después de ya quince años. Observó la fría losa y la acarició con su mano, con suavidad, tal y como recordaba que hacía con su piel. Sus ojos se humedecieron ligeramente, pero no le avergonzaba, ni se molestaba en limpiarse con la mano las lágrimas.

Estuvo varios minutos observándola, recordando los buenos momentos. En su cabeza sonaba aquel vals que bailaban juntos durante las fiestas en la plaza del pueblo cuando eran jóvenes, el mismo que escuchaba en su hogar en los días de mayor tristeza. Solía perder la noción del tiempo en esos momentos porque no importaba. Cuando estaba a su lado ya nada importaba.

Al cabo de un rato, depositó el ramo a sus pies y se levantó. Miró una última vez la losa y antes de marcharse dijo:

- Nos vemos el año que viene. Te echo de menos, mi amor.

Capítulo 4

El **4 de diciembre** el móvil no sonó en ningún momento.

No entendía qué pasaba. Ni un mensaje, ni una llamada, ni siquiera un mísero icono. Solo puro y absoluto silencio.

Llevaban meses viéndose habitualmente. Se conocieron a través de internet prácticamente por casualidad. Serendipia. El primer día tuvieron una larga conversación, ninguno de los dos se lo esperaba, simplemente comenzaron saludándose, preguntándose por detalles el uno del otro, y de repente llevaban horas hablándose sin interrupción cambiando de tema con gran soltura, como si se conocieran desde hace años. Al terminar la conversación ya se habían intercambiado las direcciones de correo como posibilidad para mantener el contacto. Y lo hicieron.

Las siguientes semanas se enviaron pequeñas cartas que fueron creciendo en intensidad con el paso del tiempo. Al final eran extensas misivas de varias páginas en las que se contaban todos los sucesos del día hasta el más mínimo detalle: sus preocupaciones, sus dudas, sus anécdotas, etc. Pronto los e-mails fueron insuficientes y decidieron quedar para conocerse en persona.

La primera cita sucedió un jueves por la tarde en un parque de la ciudad. No habían hablado de cómo se iban a reconocer pero lo cierto es que no hizo falta: en cuanto se vieron supieron quiénes eran. Pasaron el resto del día juntos, paseando y conversando sin más alrededor de la ciudad. No había momentos incómodos ni forzados, todo fluía con la mayor naturalidad. Al finalizar el día se intercambiaron los teléfonos con la idea de seguir quedando.

Después de despedirse entre los dos surgió la duda: ¿quién daría el siguiente paso? ¿Cuál de los dos escribiría al otro primero? ¿Quién llamaría? Como en las más bonitas e idílicas historias lo hicieron a la vez. La conexión era perfecta. Ninguno de los dos creía en el destino pero estaba claro que había algo entre ellos que los había unido de la manera correcta.

Dejaron de lado los correos electrónicos esporádicos y pasaron a hablar por mensajes instantáneos todos los días. Ninguno era demasiado pesado. No sentían la necesidad de estar hablándose constantemente. Solo que cuando uno se acordaba del otro le enviaba un mensaje, una foto, un mensaje de voz para que el otro lo recibiera y supiera que estaba pensando en él.

También continuaron quedando en el mismo parque, prácticamente cada semana, para dar más paseos y largas charlas. Por mucho que se

escribieran por el móvil, una vez se veían no se quedaban sin temas de conversación, siempre había algo de qué hablar para los dos, tal era su conexión. Y cuando no podían quedar se llamaban por teléfono.

Y de repente ese día nada.

Los temas parecían haberse acabado. La conexión se había roto. Y no entendía por qué. Era todo tan repentino que no le veía ningún sentido. ¿Se había enfadado? ¿Había dicho algo mal y le había ofendido? ¿Pero cuándo? ¿Qué fue? Quería enmendar su error pero no era capaz de discurrir cuál había sido. ¿Qué hizo mal?

En la última semana había leído sobre una extraña tendencia entre las parejas actuales: el ghosting. La era digital había facilitado la forma de ponerse en contacto unos con otros y conocer nuevas personas, pero también tenía sus inconvenientes. Al parecer la gente sentía menos empatía unos por otros. También facilitaba evitar enfrentamientos demasiado serios. Como los enfados... o las rupturas. El número de parejas que rompían a través de internet iba aumentando. Se habían acostumbrado a tratar con letras a través de una pantalla y habían perdido de vista que lo que había al otro lado eran personas que sentían como ellos. Y no solo eso, cada vez más gente en vez de romper simplemente dejaban de responder a la otra persona sin dar ningún tipo de explicación.

Desapareciendo para siempre como si nunca hubiera existido.

Capítulo 5

El **5 de diciembre** se sentó al lado de su padre en su lecho de muerte. Le observó y vio lo frágil que se encontraba: la piel pálida, los párpados cansados, la boca temblorosa... no le quedaba mucho tiempo.

Su padre extendió con gran esfuerzo uno de sus brazos. Como acto reflejo él respondió cogiéndole de la mano y acercando su rostro al de su progenitor. Le quería decir algo, así que le escuchó:

- Hijo mío, creo que es cierto eso de que en al morir toda tu vida pasa ante tus ojos. Pero me parece que es porque en el fondo sabemos que nos estamos muriendo y queremos repasar todos los grandes momentos. Ahora mismo estoy pensando en las decisiones más importantes que me han llevado hasta este mismo día. Me acuerdo de que cuando era joven mi mayor sueño era poder ver nevar. Durante toda mi infancia había vivido en lugares con climas cálidos y nunca había tenido oportunidad de ver la nieve. Así que cuando cumplí la mayoría de edad decidí que ese sería mi objetivo. Pero no me iba a contentar con cualquier nieve, no señor. Yo quería ver la nieve más bella del mundo. Y ese fue mi objetivo. Con una bolsa muy ligera, con apenas un par de mudas y algo que llevarme a la boca durante los primeros compases del camino, salí de mi casa con gran decisión. Avancé hasta el pueblo más cercano y allí pregunté si sabían dónde podía ver nevar. Me dijeron que en su colina en ocasiones podían darse sencillas nieves, pero que no llegaban a cuajar, que si quería ver auténtica nieve debería dirigirme hacia la montaña del nordeste. Por lo tanto esa fue mi dirección. Caminé kilómetros y kilómetros hasta alcanzar el pueblo al pie de la montaña y allí pregunté por sus nieves. Una bella mujer me respondió que sus nieves eran muy famosas y bonitas, pero que si quería ver las más bellas debería continuar hasta las cordilleras del norte. Hice buenas migas con la mujer pues quedó cautivada por mi sueño y la disposición con la que deseaba cumplirlo, así que decidió unirse a mi viaje. Juntos continuamos el camino hasta las cordilleras del norte. El camino mejoró considerablemente en su compañía y no tardamos en enamorarnos. Tras semanas de largas caminatas alcanzamos el pueblo a los pies de las cordilleras del norte y allí nos albergamos en una posada donde dimos rienda suelta a nuestros sentimientos. A la mañana siguiente preguntamos a los aldeanos por las nieves de aquel lugar y nos contaron lo orgullosos que se sentían de ellas, pero nosotros todavía no nos conformábamos con eso y les preguntamos si eran las más bellas del mundo. Con vergüenza contestaron que no, que para verlas deberíamos seguir nuestro camino por el este hasta alcanzar el pico más alto de todos los picos. Así que después de otra noche de pasión retomamos nuestro camino. Durante meses continuamos el trayecto con una nueva compañía: mi querida compañía se encontraba encinta. Felices alcanzamos el poblado a los pies del pico más alto y allí les preguntamos por sus nieves. Nos contestaron que efectivamente allí

se veían las nieves más bellas del mundo, pero nunca en el poblado sino en lo más alto del pico más alto y alcanzarlo era una hazaña prácticamente imposible pues nadie había podido volver. En ese momento, mi amada se puso de parto y naciste tú, la criatura más bella que había podido contemplar. Al verte me di cuenta de que tenía que cuidaros a ti y a tu madre, así que no quedaba más remedio que olvidarme de mi sueño de ver las nieves pues no podía arriesgarme a separarme de vosotros para siempre.

- Padre... ¿nunca te has arrepentido de no haber cumplido tu sueño? ¿De no haber subido a la montaña y poder ver la nieve?

- No, jamás.... porque de haberlo hecho... me habría perdido una vida con vosotros.

En ese momento el brazo de su padre perdió toda la fuerza y se resbaló de entre sus manos. Los músculos de su cuerpo se relajaron, exhaló un último suspiro, y luego el silencio.

Su hijo se quedó mirando a su padre con lágrimas en los ojos hasta que de repente se fijó en la ventana.

Había empezado a nevar.

Capítulo 6

El **6 de diciembre**, el Día de la Constitución, acudimos todos en masa a una celebración en casa de mi abuela.

Madrugamos, nos vestimos y montamos en coche para recorrer un trayecto de varias horas. Todos íbamos vestidos de gala, e incluso la perrita llevaba como decoración un precioso lazo rosa para estar a la altura de la situación.

Mi abuela vivía en una casa construida en una gran finca a las orillas de una ría. La casa prácticamente era una mansión de tres pisos, repleta de habitaciones y largos pasillos que las conectaban. Quizá existía algún pasadizo secreto que hasta entonces todavía no se había descubierto. Los cuartos de las habitaciones superiores eran oscuros y húmedos, parecían incluso sacados de una historia de terror, así que no solíamos acceder a ellos.

La celebración por lo tanto era en la planta baja. Se habían preparado tres largas mesas llenas de platos y vasos para servir un gran banquete a todos los invitados. De tentempié se colocaron trozos de empanadas de carne y bacalao por las distintas mesas en pequeños platos de plástico. Cada una de las personas que iba llegando cogía un trozo para saciar el apetito. Yo me llevé unas cuantas a la boca, concretamente aquellas donde el borde abultaba más pues era lo que más me gustaba. El resto de la mesa estaba ocupada por varias botellas de distintos refrescos como cola, naranja, gaseosa, etc. Lo malo es que apenas había un par de botellas de agua para aquellos que prefieran bebidas sanas. Obviemos botellas oscuras con contenidos nocivos, no vale la pena ni mencionarlas.

Cuando llegamos a la casa estaban tan solo unos pocos familiares pero a lo largo de la mañana más se fueron uniendo al día especial. Cada vez que llegaba a alguien saludaba con besos y abrazos al resto de integrantes. Pronto la finca se empezó a llenar de gente de todas las edades y los niños correteaban felices por el campo perseguidos por los perros que también iban llegando.

Pasadas las dos de la tarde dio comienzo el banquete de forma oficial. Nos sentamos todos en las diferentes sillas, divididos de una manera un tanto errática. Aunque como en todas las celebraciones los mejor organizados eran los más jóvenes, que los sentaban en una mesa aparte. No era un tratamiento especial solo por ser los pequeños, también era una medida cautelar de seguridad: son niños, no se van a estar quietos, así que mejor que estén donde menos molesten.

Los primeros platos empezaron a servirse. Como era costumbre el marisco era imprescindible. Así que había platos de camarones y percebes que los

invitados disfrutaron ávidamente. Cada vez que una de las bandejas se vaciaba, había personas al tanto para intercambiarlas por otras con más contenido. Y así varias veces. Y este solo era el primer plato.

Después vino el plato principal: pollo asado. Muchas personas se habían atiborrado tanto con el primero que luego ya no eran capaces de continuar, aunque hacían el esfuerzo por seguir devorando tales manjares. El problema es que no había terminado, y mi abuela iba a continuar cocinando más platos hasta que se le suplicó que parara. Toda su vida se había pasado haciendo de comer de más y este año no iba a ser menos.

Se recogieron los platos de la comida y se cambiaron por unos más pequeños para la llegada del postre. Primero unas cajas grandes rojas llenas de bombones para limpiar los paladares pero solo eran un pequeño anticipo de lo que estaba por llegar.

Por la puerta entró uno de mis familiares portando un gran pastel de merengue decorado con muchas velas encendidas preparadas para la feliz ocasión.

Porque no celebrábamos el Día de la Constitución, sino su cumpleaños. El cumpleaños de la dueña de la casa.

Felicidades, abuela.

Capítulo 7

El **7 de diciembre** se dio cuenta de lo que había pasado. No fue una gran sorpresa, en realidad se veía venir desde hacía tiempo. Pero cuando vio las noticias, supo que todo había terminado. De la peor manera.

En las últimas semanas apenas había ido a visitarle. Lo cierto es que tenían pactada como mínimo una cita cada semana, y durante los primeros meses había acudido sin falta. Incluso varias veces a la semana por propia voluntad. Siempre le dijo que allí estaría cuando le necesitara, que no se cohibiera. Y parecía que estaba funcionando.

Lógicamente las primeras charlas eran muy austeras. Él era el psicólogo del instituto y él un simple alumno con problemas de comunicación. Estaba claro que no le iba a soltar todo desde el primer día, eso lo tenía asumido. Pero se sorprendió de lo rápido que empezó a surgir todo con fluidez.

Al principio tan solo charlaban sobre las notas, el día a día, qué tal todo por casa... típicas preguntas sencillas para allanar el terreno. Era un chico muy espabilado aunque tenía mucho temor al contacto con otras personas. Por desgracia hoy en día eso no era nada extraño. En los últimos años el mundo había evolucionado demasiado rápido y a la mayoría de las personas les costaba seguir el ritmo. Sobre todo los jóvenes se sentían embargados por la cantidad de opciones que existían, todas las responsabilidades, todas las expectativas. Se había encontrado con muchos casos desde que ejercía, y no paraba de leer noticias similares en los periódicos y revistas de investigación. Pero apenas se hacía nada por arreglarlo. Era un problema que todos conocían pero nadie movía un dedo por ello. Lo había asumido hace tiempo pero aun así él trataba de hacer su parte y ayudar a quien se lo permitía. Porque eso era lo más grave del tema: solo podía ayudarse a quienes aceptaban la ayuda. Y el chaval parecía receptivo a ello.

Pronto descubrió que su timidez no era infundada. Había tenido una infancia difícil y la adolescencia no parecía estar siendo mejor. Crecía en el seno de una aparentemente familia feliz. Los dos padres trabajaban pero se turnaban para estar siempre alguien en casa cuidándole, lo que provocaba que pocas veces coincidieran todos en casa. Y casi mejor porque cuando así era el ambiente se enrarecía. Los problemas surgían. Y las discusiones pasaban de sencillos achaques a gritos e improperios.

Pero no solo había problemas domésticos. En el colegio siempre había sido el objetivo de las burlas de los otros niños porque era bajito y cobarde. Primero empezaron con insultos suaves, tanto los niños como las niñas, como "diversión". Luego cuando se cansaron porque no eran muy imaginativos, empezaron con los empujones, las collejas, las zancadillas...

Y al final venían las palizas. Él nunca hizo nada para defenderse. Odiaba la violencia. Y tampoco se chivaba. Solo ocultaba sus heridas con la esperanza de que nadie las viera para así no dar explicaciones. Cuando terminó el colegio uno pensaría que todo iría a mejor. Pero las cosas continuaron igual o peor en el instituto. Sumado a los cambios hormonales de la adolescencia, los problemas con la sexualidad, las nulas relaciones románticas...

El problema del bullying no era solo entre un acosador y una víctima. El problema es que es como un virus que se expande irremediablemente. Y no solo el bullying, sino la violencia en general. Solo genera más violencia. Muchos de los que crecen rodeados de malos tratos e insultos, al final se acostumbran a ellos, pierden la sensibilidad y lo toman como una forma de comunicación "normal". Inconscientemente. Responderán a los demás con insultos y críticas. Serán fríos e insensibles. Y habrá otros a los que incluso se les romperá algo en la mente y no podrán aguantarlo más sin devolver toda la violencia que han sufrido en su vida.

No podía dejar de pensar en que, aunque había hecho todo lo que podía, no había sido suficiente. Intentó hablar con él, intentó calmarlo, intentó darle esperanzas, pero al final no había servido de nada. En cuanto se cansó de ver las imágenes de la matanza que había sucedido en el colegio hace pocas horas, apagó la tele.

Capítulo 8

El **8 de diciembre** la encontró tendida en el suelo, rodeada de una muchedumbre que poco a poco iba perdiendo el interés.

La observó por fin con detenimiento. Era una mujer joven, aparentaba apenas veinte años. Tenía el cabello rubio y la piel muy blanca. Llevaba una especie de vestido de una extraña tela de color blanco que no alcanzaba a identificar pero que se veía ligera y resistente a la vez. Sus pies estaban desnudos y no llevaba ningún tipo de accesorio en el cuerpo ni identificación de ninguna clase. Lo más extraño de todo eran las plumas blancas que había a su alrededor.

La mayoría de la gente que se encontraba cerca no habían visto todo lo sucedido. Solo cuando empezaron los gritos y los disparos comenzaron a prestar atención. En cambio él lo había visto todo sin perder ni un detalle y su apreciación de los hechos era diferente.

Se trataba de una mañana gris nublada, parecía que iba a ponerse a llover en cualquier momento. El frío de diciembre se empezaba a notar así que la gente caminaba por la calle bien abrigada con chaquetones, bufandas y gorros. Era festivo así que la gente aprovechaba para pasear y hacer las compras navideñas en los establecimientos que habían decidido no cerrar. Él simplemente había salido a la calle a dar un paseo y observar el ambiente.

Nadie más se percató pero el cielo se abrió de repente, las nubes se separaron y la luz del sol iluminó las calles durante unos segundos, antes de que todo volviera a ser gris como antes. Salvo que ella estaba ahora allí. Casi parecía haber descendido con la luz del cielo. Su presencia destacaba: una belleza jovial, con cabellos dorados ondeando al viento y un cuerpo no demasiado voluptuoso pero agradable de ver, cubierto por una túnica blanca en absoluto provocativa. Pero nadie más le hacía caso. La mayoría estaba ya acostumbrada a personas disfrazadas con la intención de captar la atención de los transeúntes, así que muchos habían desarrollado una capacidad para obviarlos por completo.

Y ella tampoco se esforzaba por lo contrario. No buscaba destacar. Se acercó a una señora mayor que caminaba a duras penas con un bastón y la ayudó a cruzar la calle. Se dirigió a los indigentes y de su túnica extrajo bandejas de comida que les entregó. Interceptó la pelota de unos niños antes de que se metieran en la carretera para recuperarla. Y tras cada acción desaparecía rápidamente para dedicarse a otra. Sin esperar a recibir las gracias. Siguió realizando buenas acciones durante un buen rato sin descanso, casi parecía que iba coleccionando buenas obras, como cumpliendo un cupo. Lo extraño es que parecía una figura fantasmal de la que apenas nadie parecía percibir su presencia. Incluso los receptores de

sus buenos actos se quedaban desconcertados al principio pero olvidaban a los pocos segundos lo ocurrido y continuaban con su vida con normalidad. Se quedó todo el tiempo observándola desde lo lejos hasta que la joven pareció darse por satisfecha.

En ese momento el cielo volvió a abrirse de la misma forma que antes, pero esta vez él siguió mirándola fijamente. Vio cómo de su espalda se desplegaron dos grandes alas emplumadas que empezaron a aletear haciendo que despegase del suelo. Poco a poco fue cogiendo altitud pero calculó mal en su ascenso. Las alas de la chica se enredaron en unos cables de tendido eléctrico que cruzaban la calle y empezó a gritar asustada. La gente comenzó a mirar hacia arriba y vieron a la extraña y gigantestca figura, oscurecida por el contraluz que provocado por el sol. El pánico cundió pues no entendían qué estaban viendo. Unos policías decidieron acabar con la peligrosa sombra abatiéndola con sus armas.

Su cuerpo sin vida cayó al suelo con velocidad sin hacer ningún ruido. Igual que antes pronto pasó desapercibido y nadie más parecía verla tendida. Al poco rato desapareció como si nunca hubiera existido y el cielo volvió a ser gris. Pero su existencia había calado hondo en él. Observó a otra señora que caminaba débilmente por la calle y se ofreció a ayudarla, tal y como había hecho la joven. El resto de su vida rendiría le rendiría homenaje realizando buenas acciones.

A fin de cuentas había pasado un ángel.

Capítulo 9

El 9 de diciembre la nieve empezó a derretirse y por fin pudieron echar abajo la puerta para poder entrar. Nadie había visto al dueño desde que había empezado el temporal y todo el pueblo se temía lo peor.

La casa era enorme y vieja. La había heredado al morir su padre, un magnate ferroviario cuya empresa había caído en picado en sus últimos años de vida. Su hogar era todo lo que le quedaba para ceder a su hijo, que no había querido seguir sus pasos. Él siempre tenía claro qué era lo que quería hacer, y no pasaba por ser un empresario aburrido. Lo malo es que nadie más en el pueblo supo jamás cuáles eran sus intenciones.

Lo cierto es que era un joven extraño y huraño. No se relacionaba con nadie del pueblo. Todo el mundo lo conocía pero pocos podían admitir haber tenido largas conversaciones con él. De pequeño ya apuntaba maneras, era un niño muy cohibido que nunca tenía amigos. Y con el tiempo solo fue a peor: cada vez más encerrado en sí mismo, no se comunicaba con nadie, rechazaba el contacto con los demás, y cada vez era más difícil entablar una charla con él. No le gustaba nada de lo que le gusta a la mayoría: ni deportes, ni apuestas, ni tan siquiera ver la televisión... Pero siempre se le veía con una hoja de papel escribiendo. Nunca paraba de escribir. Allá donde iba, llevaba una libreta consigo que rellenaba con avidez. Pero nadie sabía qué escribía en ella.

Cuando su padre aun vivía, le acompañaba a todas partes en silencio. Se notaba que su padre le quería con locura, siempre protegiéndole de cualquier posible problema, nunca dejando que nada pudiera afectarle. Y el niño lo admiraba, para él era su gran protector, escondido detrás de él en cuando cualquier infortunio aparecía. Su padre lo llevaba a menudo a la estación de tren donde le enseñaba las nuevas maquinarias completamente orgulloso. Pero al niño no parecía interesarle lo más mínimo. Así que cuando el negocio se vino abajo no le afectó mucho, pero a su padre sí. Se hundió en la miseria más absoluta, la depresión pudo con él. No solo perdió el negocio, sino también su mujer y su fortuna (a la vez, ella se lo llevó todo). Tras esto su salud empeoró con velocidad. Su única alegría en la vida era su hijo, pero veía que él no avanzaba y no podía ayudarlo de ninguna manera. Así que se fue apagando poco a poco hasta que no quedó nada.

Tras la muerte de su padre, el chico -ya un joven adulto- se encerró en la casa de su padre y ya no se dejó ver mucho más. Nadie sabía a qué dedicaba sus horas. Pero se le oía trabajar. Imparablemente. Incluso por las noches quienes pasaban por delante de la casa veían siempre una luz encendida y se escuchaban extraños ruidos procedentes de su interior. Y así fue durante muchos años, demasiados. La gente ya casi se había olvidado de él, aunque daban por sentado que todavía estaba ahí porque

por las noches se seguía viendo la luz encendida.

Hasta que llegaron las duras tormentas de este frío diciembre. La nieve cubrió el pueblo en su totalidad y solo pudieron sobrevivir ayudándose los unos a los otros. Fue una gran demostración de pura convivencia. Pero nadie fue capaz de contactar con él y ayudarlo. Las nieves fueron aumentando y cubriendo todas las entradas de la casa, incomunicándola. Y la luz se apagó.

No fue posible entrar en la casa hasta que remitió el temporal. Varios aldeanos acudieron al rescate y limpiaron la poca nieve que quedaba pero que todavía impedía el paso. Una vez alcanzada la entrada, golpearon la puerta pero no hubo ninguna respuesta. No dudaron en echarla abajo y así poder acceder al interior.

Lo encontraron en el estudio, sentado a la mesa, rodeado de lápices, libretas y libros. Parecía que se había quedado dormido pero el color de su piel demostraba que no era así. Llevaron el cadáver hasta una cama, con gran delicadeza y llamaron a la funeraria.

Observaron las libretas encima de la mesa. Cada una contenía una historia diferente. Eran miles de libros que había escrito a lo largo de su vida. Pero que nunca había dado a conocer.

Fue un escritor que había muerto sin llegar a ver ninguna de sus obras publicadas.

Capítulo 10

El **10 de diciembre** el reloj avanzaba con demasiada velocidad. El segundero parecía que se movía a un tempo fortísimo, arrastrando el minuterero a su paso, con espasmos violentos que convertían cada minuto en una tortura. Las horas se quedaban en nada. El día empezaba a apagarse. Y él todavía no había terminado.

El día anterior había dejado programado el despertador a primera hora de la mañana. Quería aprovechar el día al 100%. Redactó una lista de tareas con todo lo que tenía pendiente. El año se estaba terminado y quería hacerlo por todo lo alto, completando todos sus propósitos para así hacer tábula rasa el 1 de enero y empezar de cero.

El problema es que su voluntad nocturna del día anterior se disipaba con los primeros albos del día. El despertador sonó a su hora y él lo escuchó. Pero la modorra tenía más fuerza que su propia conciencia. Abrió los ojos levemente, cogió el móvil y observó qué hora era. La primera del día. Siempre le había causado curiosidad el concepto de "primera hora del día". Le parecía algo muy relativo. Cada persona tenía una impresión diferente de cuál era en concreto. Por lo general las ocho o las nueve era una buena hora para levantarse. Había oído hablar de gente que incluso lo hacía a las siete o hasta a las seis! Menuda locura le parecía. Algo inconcebible. ¿Qué ocurría con esas personas? Con lo bien que se estaba en cama hasta las diez de la mañana.

Volvió a coger el móvil y se dio cuenta de que sus pensamientos habían durado más de lo que pensaba y ya eran las diez y media. Se mentalizó para levantarse y pensó en lo primero que necesitaba hacer para despejarse, eso le ayudaría.

Primero se sacaría las mantas de encima, así el frío matinal activaría la circulación de sus piernas y le obligarían a moverse. Se pondría las zapatillas y se levantaría a tientas por la habitación. ¿Quizá encender la luz? Era ya media mañana así que mejor levantar la persiana y dejar entrar la luz del sol para que avivara el cuarto. Abrir la ventana era un paso importante para que el aire se renovara y expulsara ese mal olor a tigre que se había acumulado por la noche.

Tras airear la habitación, lo siguiente sería dirigirse al cuarto de baño y asearse. Una buena ducha mañanera despejaba como pocas cosas. El agua cayendo directamente en su rostro ponía en marcha todo su cuerpo como nada en el mundo. Y dicen que es muy buena el agua caliente para la circulación de la sangre. ¿Pero no era el frío el que lo había activado a salir de la cama? Eso le confundía bastante... Al salir de la ducha se secaría con la toalla concienciadamente y se pondría ropa limpia, previamente preparada el día anterior. Era muy detallista con eso. Como

no le gustaba nada perder el tiempo, la noche anterior intentaba dejar siempre todo preparado para agilizar las primeras horas. La ropa era un detalle fundamental puesto que elegir qué ponerse era una de las decisiones más complicadas que tomar en el día. Y si todavía no estás despejado, peor todavía. Así que por la noche observaba cuál iba a ser el tiempo de mañana, algo fundamental para saber qué tipo de abrigo escoger. ¿Ropa ligera o pesada? ¿Manga corta o larga? ¿Pantalón de vestir o chandal? Muchas decisiones. Pero él lo había comprobado y lo había previsto todo, así que ahí estarían las prendas cuidadosamente colocadas en el vidé, esperándole.

Una vez aseado y vestido, saldría del cuarto de baño y bajaría a la cocina. Se prepararía el desayuno: un vaso de zumo de naranja y un bol de cereales con leche. Muchos cereales y poca leche. Total, siempre dejaba el poso y prefería no malgastar nada. Se los tomaría con calma, disfrutando de cada uno de ellos. El desayuno era la comida más importante del día, o eso decían, así que no habría que infravalorarla llevándose a la boca algo rápido y sin ningún aprecio.

Ya desayunado, subiría hasta su estudio, se sentaría a la mesa y cogería la lista que había preparado con todas las tareas del día. Primero la repasaría punto por punto, preparando todos los elementos necesarios y los colocaría con cuidado a lo largo de la mesa, para que estuviesen accesibles según el orden dispuesto en la lista. Ya estaría preparado para trabajar.

Abrió los ojos de nuevo, alargó el brazo y cogió de nuevo el despertador. Eran las 12 de la mañana y aun seguía en cama. El reloj avanzaba con demasiada velocidad.

Capítulo 11

El **11 de diciembre** estuvo pensando en lo poco que había logrado hasta ahora.

Todos los años de su vida no estaban lo que se puede decir repletos de logros. No era multimillonario. No tenía casa ni coche propio. Diablos, ni siquiera estaba casado. En realidad su única compañía era un gato montés arisco con malas pulgas que solo lo quería a la hora de comer. Y de vez en cuando algunos mimos, pero no demasiados. Ni siquiera su mascota quería su cariño ya.

Los dos vivían en un sucio apartamento de renta antigua al que se aferraba celosamente. Y no porque fuera un gran lugar donde vivir. En realidad no era así. Consistía en un salón-cocina con dormitorio y un diminuto baño con ducha. Las cañerías sobrevivían a duras penas, y en estas fechas del año el agua tardaba en calentar tanto como en llegar las buenas noticias. Encima era un lugar ideal para el polvo. Intentaba mantenerlo limpio pero de alguna manera en cuando barría y se daba la vuelta, volvía a ensuciarse como por arte de magia. El barrio era terrible, a las afueras de la ciudad y con unos vecinos de los que mejor esconderse. Por lo menos no eran ruidosos, se decía a sí mismo. Aunque las extrañas manchas rojas que había de vez en cuando por el pasillo le parecían sospechosas. Pero el alquiler era imbatible. Todo lo demás no importaba a tan bajo precio. De hecho, gracias a ello había podido sobrevivir sin trabajo durante todo el año viviendo de los ahorros (y un poco del morro que le echaba cuando pedía dinero a amigos y familiares). Aunque tampoco es que tuviese muchos, la verdad. Los amigos los había ido perdiendo con el tiempo, sobre todo aquellos a los que había pedido dinero demasiadas veces. Y los familiares iban haciendo sus propias familias... o muriendo solos. Un futuro que cada vez se le antojaba más y más... familiar.

Desde que había perdido el trabajo el año pasado, nada bueno le había pasado. No le llovían precisamente ofertas de empleo. No tenía una gran formación. No sabía idiomas, no había terminado la carrera, las matemáticas no eran lo suyo... Ni siquiera tenía grandes habilidades artísticas o técnicas. Era lo que se decía un absoluto desastre.

Le gustaba mucho internet, eso sí. Utilizaba todas las redes sociales habidas y por haber. Estaba iniciando conversaciones con gente desconocida de manera constante con intención de entablar relaciones. Seguía a millones de personas en Twitter y Facebook. Compartía todos los contenidos interesantes de cualquier cosa que encontrara. Eso sí, el sentimiento no era recíproco. Ni lo más mínimo. Apenas tenía 10 seguidores, la mayoría bots que le habían empezado a seguir para que los siguieran. Por supuesto, le habían seguido muchísimos más para ese

mismo propósito, pero ya le habían dejado de seguir una vez los siguió. Era lo que se dice absoluta y totalmente patético.

Y ahí se encontraba a dos semanas de Navidad, sin compañía, suerte o entretenimiento. Ni siquiera tenían una televisión donde asquearse con la telebasura. La había vendido hace años y junto a algunos ahorros había comprado un portátil. Hoy en día ver la tele era cosa del pasado, adoraba los contenidos bajo demanda. Descargaba pelis y series de internet y las devoraba como un poseso. Y acababa de estrenarse Netflix en su país, así que no necesitaba ninguna televisión. El problema era que hace unas semanas tuvo que dar de baja la línea ADSL por falta de pago. Solo le quedaba la limitada tarifa de datos del móvil. Así que el aburrimiento era ineludible. Ni siquiera había decoración navideña en el apartamento. El único color que se podía encontrar era el gris del polvo cubriendo todos los muebles del salón. Encima diciembre había traído unas bajas temperaturas que no podía combatir con la calefacción... porque, por supuesto, había tenido que dejar de pagarla.

Estaba pensando en todo esto y la amargura fue absoluta. Se sentía tan mal que no sabía cómo iba a continuar. Empezaba a sentir cómo perdía todas las fuerzas a la vez que las lágrimas corrían por sus mejillas. De repente notó un peso en el regazo. El gato se había acomodado y reclamaba atención. Lo observó con ternura y lo empezó a acariciar.

"Al menos nos tenemos el uno al otro, ¿verdad? Saldremos de esta", pensó y se sintió un poco mejor.

Capítulo 12

El **12 de diciembre** cogió el móvil, apretó el botón superior unos segundos hasta que lo apagó y lo colocó dentro de un cajón. Se había propuesto no usarlo durante una temporada para demostrar que se puede vivir sin él.

Hoy en día es muy habitual ver a gente con móvil. De hecho lo raro sería verlo sin él. Están completamente vinculados a nuestra vida diaria, los utilizamos constantemente para comunicarnos, trabajar y entretenernos. De una manera tan excesiva que puede llegar a ser enfermiza. No es tan extraño ver a gente caminando por la calle más atentos a las pantallas de sus teléfonos móviles que a lo que sucede a su alrededor. Ya han ocurrido unas cuantas desgracias por ese motivo. Se ha creado una adicción tal que dependemos de la tecnología para nuestra día a día. Te despiertas y lo primero que haces es coger el móvil. Si suena, tienes la necesidad de responder al momento y, como no lo hagas, ya verás la reprimenda de la persona que esté intentando ponerse en contacto. Las noticias, las relaciones, los videojuegos, las distracciones, el tiempo, el trabajo, los calendarios, la hora, los recordatorios, los libros, las revistas, los vídeos, las series, las películas, la música, la agenda, las redes sociales. Todo pasa hoy en día por el móvil. Resulta inconcebible pensar que en realidad apenas llevan cinco años entre nosotros de forma masiva.

Así que decidió que ya había tenido suficiente. Estaba harto de los malos rollos que generaban las redes sociales y la mensajería instantánea. De que la gente se comunique más por texto que por palabra. E incluso ahora ya ni texto, había quienes se comunicaban más con emoji que con letras como si fuese un nuevo idioma. Lo peor es que ya había noticias de gente que creían que esos pequeños iconos amarillos se convertirían en un lenguaje universal. Incluso ya habían adaptado una obra maestra de la literatura como Moby Dick a ese peculiar alfabeto, titulándola Emoji Dick. Absurdo.

Estaba harto de todo eso y sobre todo de la adicción que generaba. Esa necesidad de estar constantemente con él. Y no precisamente para tareas útiles. Es cierto que para encontrar información a través de internet era lo mejor que había. ¿Tienes alguna duda sobre algún tema en concreto? Ve a Google y en menos de dos segundos tienes la solución. Posiblemente de Yahoo respuestas, un lugar de sabiduría sin fondo como todos sabemos. Infalible.

Pero el problema no era ese, sino la imperiosa e irresistible atracción que causaba cuando se iluminaba la pantalla al aparecer una nueva notificación. Había que saber quién era. Y qué decía. ¿Cómo no iba a ser importante? ¿Y si era una urgencia? ¿Un accidente? Es absolutamente lógico y racional que alguien escriba un mensaje de texto en vez de llamar

al 061. Cada vez que notaba la vibración, sentía una fuerza procedente de las entrañas de ese aparato electrónico llamándole, instando a que lo cogiese y comprobase quién era. Y una vez comprobado no había vuelta atrás. TENÍAS que contestar. Porque se cabrean si no lo haces. Porque aparentemente se han creado nuevas reglas sociales y no contestar al momento indica que estás faltándoles al respeto y mostrando una ausencia de tacto y educación. Además, ¿para qué estaban las marquitas azules que indicaban si habías leído el mensaje si no? Así era cómo la gran utilidad de los móviles de poder ponerse en contacto con facilidad, había pasado a ser la obligación de ponerse en contacto con instantaneidad. En las últimas semanas tuvo demasiados problemas con diferentes personas. Familiares que se habían cabreado por no seguir el hilo del grupo de Whatsapp donde compartían imágenes insípidas. Luego sus amigos habían discutido por dios sabe qué tema y se habían enfadado todos unos con otros... por una conversación de mensajes instantáneos. ¿Es que ya nadie recuerda que las cosas se hablan en persona? Pues ahí estaban sin hablarse. Y lo peor es de que de alguna manera parecía que le culpaban a él.

Y por último estaba agotado del bombardeo de información, sobre todo ahora que las redes sociales se inundaban de mensajes políticos, religiosos, persuasorios, ofensivos, etc.

Así que cogió el móvil, pulsó el botón hasta que se apagó, lo metió en el cajón y ahí quedó guardado... durante unos cinco minutos. La necesidad de volver a él era muy fuerte. No había vuelta atrás.

Capítulo 13

El **13 de diciembre** celebraron su aniversario con una cena lujosa en su casa y una larga conversación sobre el tiempo que llevaban juntos. En vez de que uno de los dos preparara una sorpresa al otro, lo cierto es que se pusieron de acuerdo para realizar la cena en colaboración mutua. Por la tarde él salió a hacer la compra al supermercado próximo con una lista redactada entre los dos seleccionando los ingredientes necesarios sin reparar en gastos. Mientras tanto ella se quedaría en casa decorando el salón y la habitación, bajando las persianas y colocando velas para dar una iluminación tenue que proveyera de la correcta intimidad a la velada. Cuando él volvió, los dos entraron en la cocina y fueron recogiendo todo lo que había comprado y empezando a preparar un festín. Cuando la comida estuvo en su punto, llevaron la bandeja, platos y vasos a la mesa del salón y empezaron a disfrutar de su cena.

Al sentarse los dos miraron a su alrededor para apreciar la decoración de la noche y luego se miraron el uno al otro. Cuando se conocieron les costaba mirarse fijamente, era una mezcla de incomodidad y vergüenza. Pero ahora no quedaba nada de eso, ahora cuando se miraban directamente se transmitían paz y tranquilidad, porque sabían exactamente lo que estaba pensando y sintiendo el uno del otro. Era una sincronización perfecta.

Empezaron a comer con gran placer. El silencio entre los dos al comer no los incomodaba, puesto que se sentían bien el uno con el otro. Aun así no tardaron en empezar a hablar de todo lo que había pasado entre ellos esos años. Recordaron cómo se conocieron a través de unos amigos comunes. Al principio quedaban todos en grupo pero, al notar conexión entre los dos, no tardaron en empezar a citarse a solas para conocerse mejor.

No tuvieron ninguna prisa en llevar la relación a nuevos niveles, sino que disfrutaron del camino, de la calma y la tranquilidad. Cuando estaban juntos tan solo hablaban de sus pensamientos, de sus vidas, de sus intereses y ambiciones. Ni siquiera hubo besos en los primeros meses. Pero no hacían falta. Una leve caricia, un abrazo, era suficiente para ellos. Con el tiempo la relación sí que avanzó a un nivel más físico pero de un modo totalmente natural, fluyendo. Ninguno de los dos se sintió nunca forzado a nada. Sabían que una relación sana no era uno tirando del otro, sino caminar juntos de la mano en una misma dirección.

Sin duda en ocasiones chocaban y discutían. Eran dos personas diferentes, cada uno con su propia forma de ver las cosas, y dado que ninguno de los dos se sometía al otro, surgían conflictos de vez en cuando. Incluso llegaban momentos en que tenían que dejar de hablarse durante una temporada, descansar, liberarse. A veces surgía por la

ambición de ella, que quería dedicar cada vez más tiempo a su trabajo, seguir ascendiendo y poder descatar, cumpliendo sus sueños de juventud de ser alguien importante para el mundo, y no simplemente la pareja de alguien. Por el contrario, a veces parecía que él no se esforzaba lo suficiente, se encerraba en su estudio sin hacer nada durante días, víctima de bloqueos y frustraciones. Pero nunca ninguno de esos problemas duraba demasiado. En su mayor parte, eran conflictos que tenía cada uno sobre sí mismo y que tenía que resolver en soledad. Una vez resuelto se volvían a reunir, con una gran necesidad de volver a estar juntos. Y, como de costumbre, las reconciliaciones eran muy satisfactorias.

Durante la cena hablaron de muchos de sus problemas, de sus discusiones, pero en vez de echarse cosas en cara, se reían juntos de las manías del uno y el otro. Los primeros años de relación no era así, porque no se entendían lo suficiente o porque se estimaban demasiado. Pero aprendieron a relajarse, a tomarse las cosas con calma y disfrutar mutuamente. En vez de crearse más problemas, y aunque tampoco podían solucionar las dificultades del otro, aprendieron a ser capaces de aliviarse las duras cargas.

Así que ahora con unas miradas ya sabía que se querían y que lo tenían todo. No iban a contentarse con lo que tenían, querían continuar avanzando y seguir mejorando como pareja pero también como personas. No sabían cómo sería el futuro, pero tenían seguridad en una cosa:

Estaban agradecidos de haberse conocido.

Capítulo 14

El **14 de diciembre** decidió llenarse de valor y escalar por fin la montaña para cumplir el ansiado objetivo que llevaba toda su vida buscando: conseguir un ejemplar único de la rosa más bella del mundo.

En su habitación preparó su equipo. Se puso las botas y el equipo de alpinismo que había conservado a lo largo de todos esos años de preparación. No era el primero que había comprado, sino que fue mejorándolo con el tiempo según iba aumentando sus habilidades. Aunque siempre había conservado la brújula de su padre, más como recuerdo de su vida anterior que como verdadera de utilidad. Para escalar, los puntos cardinales no eran muy necesarios, tan solo había una dirección que había que perseguir: cada vez más arriba.

Hacía muchos años ya que había marcado su objetivo de forma imborrable. La conoció por un libro donde hablaban de su extrañeza y unicidad, de sus maravillosas y especiales cualidades, de sus mitos y leyendas. Al lado además había un dibujo hecho por alguien que la había podido ver hace muchos años. Ni siquiera había cámaras fotográficas por entonces, tan solo habían podido realizar una ilustración con lápiz. Pero con esa bella y simple imagen ya quedó cautivado.

Dedicó todos sus esfuerzos a partir de ese día a descubrir la ubicación exacta de tan único ejemplar. En cuanto localizó la cima de la montaña en la que se daban las condiciones ideales para su crecimiento, dedicó su cuerpo y alma a prepararse para poder escalarla y obtenerla. No era una montaña cualquiera. Era una de las más altas y peligrosas del mundo conocido. Su escarpado y nevado lomo, con una temperatura que bajaba a la par que subía la altitud, era uno de los más peligrosos conocidos por los escaladores. En su copa transcurrían las más peligrosas tormentas eléctricas, fundamentales para las condiciones climáticas que necesitaba aquella extraña especie de flora, que antaño se había hallado en lugares menos peligrosos, pero en las últimas décadas había desaparecido. Casi se había extinguido. Y ahora solo se encontraba en aquel temido lugar del que nadie había conseguido volver para contarle.

Pese a enterarse de todo ello, nunca dudó de su propósito una vez se lo fijó. Sabía que sería difícil, lo llamarían loco y testarudo, incluso suicida, pero nada de eso le importaba. Era todo lo que sentía que necesitaba en la vida y estaba dispuesto a darla por conseguirla.

Cuando hubo de estar debidamente preparado, salió de su cabaña con la frente bien alta y el paso firme tomando el camino hacia el pie de la montaña. No utilizaría facilidades como vehículos para llegar allí ni permitiría que nadie le allanara el camino. Necesitaba hacerlo él solo por

sus propios esfuerzos.

Al llegar lo primero que hizo fue mirar hacia arriba tomando nota mental de todo el trayecto que debía seguir para empezar. La cima estaba tan alta que no podía llegar a discernirla, las nubes la cubrían casi por completo. Pero nada lo atemorizó.

Empezó a escalar las primeras rocas sencillas, con cuidado, sin prisa, para no quedarse sin energía antes de tiempo. Le haría falta en las mayores altitudes donde el oxígeno empezaría a escasear. No descansó en ningún momento. Subió metro a metro sin pausa, pese a que cada vez la subida se hacía más complicada. Cuando ya llevaba varias horas escalando, el sudor empezó a resbalarle por la frente, aunque pronto poco importó cuando el frío empezó a dominar el ambiente. Nada de esto lo atemorizó ni siquiera cuando lo peor estuvo por llegar. El día dio paso a una noche oscura y tormentosa en el momento en que empezó a vislumbrar la cima. Los truenos y relámpagos comenzaron a rodearle. El ruido era ensordecen y los destellos casi lo cegaban. Pero no se detuvo. Estaba a punto de conseguirlo y no iba a rendirse, nunca lo había hecho. Continuó pese a que los rayos cada vez se acercaban más y más. Siguió adelante pese a que ya le empezaba a escasear el oxígeno. Corrió cuando subió a la cima y pudo ver por fin su objetivo. Y entonces ya no pudo ver nada más.

Lo encontraron al pie de la montaña, agotado y sin vida, pero todos se fijaron que en su mano agarraba fuertemente... la rosa más bella del mundo.

Capítulo 15

El **15 de diciembre** se puso a pensar en que solo quedaban diez días para Navidad. Era el motivo de alegría para la mayoría, época de felicidad, de regalos, de luminosidad. Pero sabía que no era igual para todo el mundo.

La Navidad también es conocida por ser la época del año con un mayor índice de casos de depresión y suicidios. Para muchos podría parecer algo incoherente dada la ambientación que rodea a todo lo navideño, pero lo cierto es que eso mismo que a muchos causa felicidad, también ejerce una presión fuerte sobre otros.

Aunque no sea la intención, parece casi obligatorio que uno ha de ser feliz en Navidad. Son ante todo fechas para pasarlas en familia, rodeados de tus seres queridos, intercambiando regalos, repartiendo amor y felicidad. Pero no todo el mundo puede.

Hay personas a las que estas fechas son ante todo malos recuerdos. Sin ir más lejos, de vez en cuando se acordaba del personaje femenino de la película "Gremlins" que dice que odia la Navidad. Más adelante se sabe que es porque un suceso trágico ocurrió por esas fechas y marcaron su personalidad de forma irreversible. Aunque la película sea una ficción no quita que sea posible que algo similar pase en la vida real. Y seguramente ha pasado a muchas personas. Por lo tanto no todo el mundo puede ser feliz en Navidad.

Y esa misma presión de felicidad es negativa. El mundo te grita por todos los lados que tienes que ser feliz, y la incapacidad de algunos de serlo produce frustración que puede conducir a agobios depresivos.

Y está la parte más absurda de todo: ¿por qué no intentar ser feliz durante el resto del año? ¿Por qué limitar las buenas acciones, la alegría, los regalos, la generosidad a 31 días al año?

La intención de la Navidad es buena. Él no sabía si estaba verificado de forma real, pero estaba claro que toda la decoración navideña repleta de luces se debía a que diciembre era uno de los meses más oscuros del año. A partir de las seis de la tarde ya empezaba a anochecer, y no amanecía hasta prácticamente las ocho de la mañana. Colocar luces por doquier era una buena manera de contrarrestarlo. Y convertir las luces en colores que resultan más atractivos era una idea estupenda. Para casi todo el mundo. Había gente con astigmatismo a quienes las luces nocturnas les podía causar bastante incomodidad. Pero son gajes del oficio. Por un bien mayor.

La figura de Papá Noël era una falsedad que nunca acabó de convencerle. Son tradiciones, imágenes populares que han calado hondo, que llevan años celebrándose... aunque en realidad no, son más recientes de lo que parece, pero no vale la pena discutirlo. Siempre le había parecido que lo realmente valioso sería no mentir a los niños diciendo que si se comportan bien durante el año, un viejo gordinflón vestido de rojo les traería todo lo que quisiesen durante la Navidad. Cámbiese el señor Nicolás por los tres reyes magos, que vienen a servir para lo mismo. Él pensaba que lo mejor sería enseñar a los niños la fortaleza de la bondad y la generosidad, e instruirles a regalarses cosas entre familia y amistades sin necesidad de buscar figuras metafóricas que solo llevaban a pasar malos tragos a los infantes en cuanto descubrieran la gran mentira de la Navidad. No es tampoco que sea un trama irreparable ni grave, todo el mundo sobrevive. Pero le parecía que era prescindible y que su idea era mucho mejor a nivel ético y moral. Así se podría inducir a los niños desde edades tempranas a ser realmente generosos, y se promoverían un mejor comportamiento que sí debería perdurar todo el año.

Se dio cuenta de que había estado pensando demasiado tiempo en cosas en las que no merecía la pena discutir. Sobre todo porque la intención inicial de sus pensamientos era otra, iba más por el lado de la depresión durante estas fechas, y el resto del año. Pero pensó que otro día lo pensaría más a fondo.

De momento se dedicó a comer su turrón de chocolate. Navideño, por supuesto.

Capítulo 16

El **16 de diciembre** las redes sociales se volvieron locas con una noticia de última hora que sucedió aquella tormentosa tarde.

Se trataba de la última semana antes de las elecciones generales del país. Durante todos los días los debates políticos se sucedían sin más descanso que anuncios de propaganda electoral de cada partido. Los últimos años habían sido duros, el país todavía era castigado debido a la crisis económica y el pueblo hacía tiempo que estaba harto, así que la lucha por conseguir la presidencia era descarnada. Tanto por parte de los promotores de las campañas electorales como del propio pueblo que se dividía según sus ideas políticas.

Cada día la tensión aumentaba. El último debate en el que había participado el actual presidente contra la oposición no había transcurrido de forma muy pacífica. Aunque los primeros temas fueron llevados de forma previsible, pronto la oposición atacó directamente al presidente y a continuación se sucedieron unos diez minutos bochornosos llenos de improperios, ataques verbales, golpes bajos y demás actos vergonzosos que más parecían propios de una discusión de bar entre dos borrachos que de unos políticos de avanzada edad que supuestamente deberían ser un ejemplo para el resto del país.

Y parece que lo fueron.

Esa tarde el presidente se acercó al pueblo en una de las ciudades y fue agredido por un joven adolescente que se acercó a él para asestarle un puñetazo. No fue una bofetada. Fue un gancho de derecha que hizo que cayeran las gafas del presidente al suelo. El joven fue aprehendido por la seguridad rápidamente mientras vitoreaba "¡Estoy muy contento de haberlo hecho!".

Al momento las redes sociales se hicieron eco de la noticia que se extendió más rápido que cualquier virus. Pronto todo la gente del país, e incluso de otros países, comentaban el altercado. El problema es que una gran mayoría lo apoyaba. Incluso se decía que durante el ataque, hubo gente que vitoreó al joven.

Por internet se sucedían una gran cantidad de mensajes que engrandecían al mismo adolescente como valiente y se tomaban con humor lo sucedido. No hay ningún problema en hacerlo, todo debe ser parodiable sin duda. Había otra gente que lo condenaba y mandaba el mensaje de "no a la violencia" de manera sensata. Pero esto hizo reaccionar a los mismos de antes que empezaron a reírse del mensaje de "no a la violencia". Y esto sí

ya es un problema más grave.

Muchos se defendían diciendo que el ataque era una compensación de cómo las patrullas antidisturbios actuaban en las manifestaciones. Y no lo es. En absoluto. La violencia solo genera más violencia. No es nunca una solución. Ni una compensación. Si seguimos así estaremos cumpliendo el "ojo por ojo" que utilizan los terroristas para defender sus actos.

El país está muy quemado, sin duda. Lleva una década bastante dura en casi todos los ámbitos: educación, economía, cultura, industria... El pueblo está muy harto de recortes económicos, recortes de libertades, recortes de empleo, recortes de toda clase. Pero acercarse al presidente actual y propinarle un puñetazo no resuelve nada. Vitorearlo y aplaudirle no resuelve nada.

Incluso aunque muchos hayan quedado satisfechos con lo ocurrido es solo una satisfacción temporal. Es una emoción de usar y tirar. El país sigue estando como está. No se ha avanzado. No se ha arreglado nada. En realidad solo se ha creado más tensión que a la larga es peor.

El problema del país se tendrá que resolver en los próximos años. Tampoco será el domingo durante las votaciones. Para solucionarlo hay que trabajar unidos, colaborar unos con otros de manera armoniosa. Avanzando en una misma dirección.

Hay que unirse. No liarse a palos.

Capítulo 17

El **17 de diciembre** su emoción entró en un punto en el que ya no podía prácticamente ni soportar. Mañana sería el gran día. Llevaba años esperándolo.

Se irguió y se sentó en la cama un rato para prestar atención a toda su habitación. Estaba repleta de objetos que había ido coleccionando durante años: libros, cómics, juguetes, figuras ("que no son lo mismo que juguetes", defendió en su mente), discos de música, tanto CDs como incluso algún vinilo y casete, pósters, ilustraciones serigrafiadas... y por supuesto las películas.

Tenía cada una de las entregas en todos los formatos existentes. Desde los ya arcaicos VHS donde las vio por primera vez. Ya estaban destrozados por el uso los pobres, la cinta magnética que contenía todo el film apenas era capaz de aguantar un visionado más. Pero atesoraba cada uno de ellos con mucho cariño. Por supuesto también se había hecho con las primeras ediciones en DVD, aquellas que incluían cambios que aportaban una mejor calidad de imagen y las primeras adiciones.

Qué poco sabía entonces que los añadidos de las primeras "ediciones especiales" solo serían el principio de una obsesión que estaría por venir y que acabaría destrozando para muchos el recuerdo de su saga favorita. Aunque para él no, él seguía disfrutando cada una de las veces que las veía y adoraba comprobar los cambios que había ido añadiendo su autor con el tiempo para conseguir acercarse más a su idea original. Muchas personas consideraban esto un error puesto que las películas eran prácticamente perfectas tal y como eran, y creían no hacía falta más que pequeños ajustes en los efectos para adaptarlas a la resolución de los nuevos tiempos.

Pero ellos no eran el autor. El autor tenía todo el derecho del mundo a modificar sus obras a gusto, pensaba él. Es su universo, él los creó, él conoce cómo tienen que comportarse su mundo y personajes y sabe perfectamente lo que es mejor para su creación.

Eso pensaba él, pero no estaba en lo cierto. Al menos no en parte. Es cierto que siendo el autor tiene todo el derecho del mundo a hacer lo que quiera hacer su obra. Pero tener derecho no te da la razón. Sobre todo una vez entregas tu obra al público. A partir de ese momento la obra pasa a ser de todos. Tu público puede opinar, porque además son los que mantienen viva tu obra. Además, los autores también se equivocan. Son seres humanos como cualquier otro que se pueden dejar llevar por los sentimientos, las modas, la ideología... Y no son siempre justos a la

historia.

Y eso es lo único que debería importar siempre en cualquier obra de ficción. No el autor, ni su público, ni los editores, ni los productores. La historia es lo único que importa. Ser fiel a ella. Quererla, respetarla, amarla, tratarla como se merece. Cuidarla.

Desde su cama él estaba convencido de que el autor de su saga favorita lo hacía. Y tampoco se puede negar del todo. Es cierto que algunos de los cambios son muy chapuceros, añadidos que no son interesantes para ningún público o casi, y un sentido del humor que dejaba bastante que desear. Pero lo que no se podía negar es que la obra seguía viva, había conseguido mantenerla viva. Los fans habían ayudado, sin duda, habían sido esenciales. Pero si hace quince años no hubiera rescatado la saga creando una nueva trilogía, esta no tendría tanta repercusión ahora. Seguiría teniéndola, es cierto. Ahí existirían sus fans todavía para mantenerla con vida. Pero su aportación es innegable tanto a su obra como a la historia del cine y de la ficción en particular.

Él miraba en su habitación todos los objetos que tenía. Es verdad que puede que se hubieran pasado con el merchandising. Es cierto que habían convertido unas sencillas películas en una máquina de crear dinero de formas bochornosas. Pero ahí seguía. Él seguía siendo un fan y como él millones de personas más que esperaban con ansia cada nueva iteración de su saga galáctica favorita.

Y mañana era el día que llevaba esperando desde hace 10 años. Ya no podía aguantar más.

Capítulo 18

El **18 de diciembre** desapareció. La hizo desaparecer más bien. Después de todos esos meses aguantando toda clase de penurias sencillamente no pudo más.

Los últimos tres años habían sido aburridos. Encerrada en su piso, sin mucho más que hacer. No pasaba nada, solo tenía que esperar a que el tiempo avanzase. Lentamente. Pero le gustaba, lo apreciaba. Nunca se quejó, nunca le importó ni le molestó. Era feliz. Para eso existía. La habían diseñado para ese exacto propósito y no tenía ninguna queja al respecto. Su misión era esperar.

Una vez cumplidos los dos años, salió de su edificio y se trasladó a la instalación dedicada a los clubes del Instituto del Norte. Escogió el Club de Literatura porque si una cosa le gustaba de las creaciones humanas era la literatura. Concretamente la ciencia ficción. Le apasionaban autores como Isaac Asimov, Carl Sagan, Philip K. Dick. Devoraba cada uno de sus ejemplares con paciencia, disfrutando con calma de cada palabra del texto. Cuando estaba terminando un capítulo más de "Hyperion" se abrió la puerta del cuarto del club y entró ella. Ella con su mirada enérgica y su disposición y esa personalidad que minaba todas las demás. Ella con su diadema con lazos amarillos decorando su corto cabello moreno. Ella, la persona que había estado esperando desde hacía tres años.

A partir de entonces todo se hizo cuesta arriba. En pocas horas el cuarto se llenó de gente y de problemas. Ella reunió un grupo de seres "extraordinarios" y fundó una brigada que se dedicaría a la investigación de sucesos paranormales por la ciudad. El único objetivo era que ella estuviera entretenida. Y esa, era exactamente su misión. Y también la del resto de miembros. No solo porque ella lo hubiera decidido. Sino porque era lo que sus superiores le habían ordenado. Esa alocada chica de instituto tenía el poder de crear y destruir mundos, pero no era consciente de ello. Así que la misión eran encargarse de controlarla manteniéndola entretenida para que no se aburriese y destruyera todo el universo en un ataque de rabia.

Y a partir de entonces esa fue su vida. Los siguientes meses estuvieron repletos de problemas que nadie en su sano juicio podría haber imaginado. Primero casi destruye el mundo, como todos habían temido, pero logró interceptarlo a tiempo y darle las palabras claves al chico que tuvo que cargar con la pesada responsabilidad. De hecho, días antes tuvo que salvar la vida de ese mismo chico, precisamente. Y no sería la última ocasión. Recordaba cuando a la alocada chica le dio por filmar una película de ciencia ficción y para ambientarla empezó a cambiar la lógica del mundo sin darse cuenta, haciendo realidad efectos especiales como rayos láser que tuvo que interceptar de forma veloz para que no provocaran

ningún daño irreversible al mundo.

Pero lo peor sucedió en verano. Un verano interminable. Un agosto infinito. Dos semanas que se repitieron miles de veces. Y la pobre chica que se había pasado tres años esperando sin hacer nada en su apartamento, fue consciente de todas y cada una de las repeticiones. Las más de quince mil iteraciones quedaron retenidas en su cerebro. Los mismos sucesos, las mismas personas, las mismas palabras escuchadas y pronunciadas, los mismos juegos... todo ello repetido sin apenas cambios. Todo en su cabeza. Y no pudo más.

La madrugada del 18 de diciembre decidió que ya había tenido bastante. No se comunicó con sus superiores, no lo entenderían y no se lo habrían permitido. Lo hizo a escondidas. Por lo general no habría podido pensar esa locura y mucho menos hacerla realidad. Pero el peso de los últimos meses fue demasiado grande.

Recopiló todas las energías de las que podía hacer gala e incluso robó la que poseían sus jefes. Y la utilizó para hacerse con los poderes divinos de la alocada chica. Pero no los quería más que para una única acción: alteró el pasado e impidió que esa chica accediera al Instituto del Norte, cambiando así la línea temporal, borrando de un plumazo todas las terribles situaciones a las que habían sido sometidos. Nunca cumpliría su misión, pero no le importaba. Porque gracias a eso sus caminos nunca se cruzarían y nunca tendría que verse obligado a conocerla.

Sería como si nunca hubiera existido.

Capítulo 19

El **19 de diciembre** todavía no se había spoileado. Era increíble la suerte que había tenido. El estreno mundial había sido ya hace dos días pero todavía no había ido a verla. No tenía una gran prisa por hacerlo, no era un fanático de la saga. Pero no podía negar que era un hito cinematográfico, así que tenía que verla.

Lo cierto es que la suerte no había sido el elemento fundamental. Desde la hora del estreno oficial prácticamente abandonó internet. Dejó de mirar las redes sociales y de navegar. Tenía que evitar toda clase de comentarios que podían contener información sobre la historia y sus giros argumentales. Además, los spoilers estaban por doquier. No solo en los artículos relacionados con la película, no. Ojalá fuera así, serían fáciles de evitar. Pero no. La gente hablaba de ella en todas partes. Incluso en lugares que no tuvieran nada que ver. Incluso en vídeos musicales de décadas anteriores. Incluso en fotos de gatitos. Malditos memes traidores. No había forma de sobrevivir a ello. Todo implicaba un riesgo. Así que se cerró en banda. Total, en un par de días conseguiría verla, ¿qué podía ocurrir?

El primer día todo fue sobre ruedas. Cerró Twitter y no lo miró en ningún momento, quizá alguna vez de pasada cuando sentía la necesidad de escribir tweets que no tenían nada que ver con la película. Pero eran tan solo unos pocos segundos, el riesgo era alto pero no ocurrió ninguna desgracia. Se dedicó el resto del día a leer algunos libros que tenía a medias en casa, así mataba el tiempo. De vez en cuando necesitaba cambiar de aires así que cogía la tableta y se ponía a jugar un rato. Las horas pasaban lentamente, se daba cuenta de cada minuto, pero se podía sobrellevar. El esfuerzo merecería la pena. Al final entre algunas lecturas, partidas y algún trabajo que por fin decidió completar, el día pasó sin ningún altercado. Se fue a la cama a dormir completamente satisfecho.

El segundo día ya fue más peliagudo. Sobre todo porque implicaba salir de casa y encontrarse con otras personas. Encontrarse. Con. Otras. Personas. Gente que quizá había visto la película. Gente que quizá hablaría de la película. Gente que quizá le estropearían la buena racha que estaba teniendo. Por supuesto no eran personas cualesquiera. Era precisamente gente como él que tenían los mismos gustos y era muy probable que fueran a verla. Que hubieran tenido la suerte y la oportunidad de ir a verla el mismo día del estreno. Él no había conseguido entradas antes porque no se había esforzado. El alboroto montando alrededor de la promoción de la película le parecía exagerado. La preventa se había agotado hace meses. Así que el tema le resbalaba por completo. Aunque según llegaba el día de verla, se iba arrepintiendo un poco más.

Al no ser un fan de la saga, no era eso lo que le preocupaba. En los últimos años la posibilidad de disfrutar una historia (cualquier historia, ya sea un libro, una película o incluso un videojuego) era bastante más complicado que unas décadas antes. Cuando veía las películas de pequeño, cada una de ellas era una emoción constante porque las veía de vacío, sin apenas tener conocimiento de la historia que iba a presenciar. Pero en los últimos años, con la llegada de internet, la sobresaturación de información era tan grande que era muy difícil mantenerse puro y "virgen" antes de disfrutar de una nueva historia. Incluso los trailers oficiales eran demasiado explícitos. Pero en este caso fue diferente. La promoción fue muy buena porque apenas desvelaron detalles de la trama en los trailers mostrados. Es cierto que hubo información adicional con spoilers para aquellos que los exigían (nunca encendería a esa gente). Pero no fueron demasiados y no tuvo que presenciarlos. Era como debía ser.

Por suerte, el segundo día al final concluyó felizmente. Sus compañeros respetaron que no la había visto todavía y no metieron la pata. No contaron nada, apenas dijeron si les había gustado. Así que de nuevo se fue a la cama feliz y satisfecho porque en unas pocas horas ya podría verla.

Y con esa felicidad se levantó al día siguiente. Madrugó como ningún domingo porque era una sesión matinal. Fue a la taquilla del cine con las entradas reservadas y las validó. Se puso a la cola y le recogieron las entradas. Pero odió cuando unas personas se cruzaron con él al salir de la sesión anterior y comentaron... todo... el giro final... de la película. Maldita páfida ironía.

Capítulo 20

El **20 de diciembre** vio una bonita noticia navideña. En realidad no llegaba a noticia, era un artículo, un suceso, una mera anécdota. Pero la vio publicada en una web famosa por ser un servicio informativo de calidad. O solía serlo. Lo cierto es que, al menos la versión en español, dejaba bastante que desear en cuanto a la selección de novedades y sucesos. En ocasiones era bastante sensacionalista y chabacanera. Pero en este caso ya el titular le llamó la atención.

El artículo en cuestión hablaba de un suceso que había tenido lugar en un supermercado americano. Varias personas realizaban sus compras con total normalidad. De repente, una niña se separó de sus padres y se acercó a un señor. Al verlo, la madre en primer momento lo normal es que se asustase pero no tardó mucho en entender qué había ocurrido. Estando en la época que estamos, lo primero que hizo no fue ir a recuperar a su hija, sino sacar su móvil del bolsillo (siendo justos, posiblemente ni del bolsillo, lo más seguro es que ya lo tuviera en la mano), abrió la app de la cámara y empezó a grabar lo ocurrido entre la niña y el señor.

¿Qué tenía de especial la situación? ¿Por qué a la niña le había llamado la atención el señor? No hacía falta más que ver el vídeo (adjuntado en la noticia) para darse cuenta con gran velocidad. Se trataba de un señor de avanzada edad, entre 70 y 80 años, con una larga y frondosa barba blanca, una constitución más bien ancha en la que destacaba una redonda panza cubierta por una gran camisa roja.

Los ojos de la niña al verlo se abrieron como platos. Muchos otros niños no habrían sabido reaccionar, pero ella lo tuvo claro desde el primer momento. Se separó de su madre con seguridad y avanzó hasta el navideño señor de barba blanca a saludarle con mucha educación. La niña hizo muestra de una gran adorabilidad, bailando sobre sus caderas con suavidad debido a su timidez, pero la ilusión de ver al señor podía con todo.

El señor en lugar ignorar a la niña o reírse de ella, decidió agacharse a su altura y seguirle el juego a la pequeña. Interpretó el papel que la niña con inocencia le había asignado y le preguntó si se había portado bien durante el año. La niña respondió con dulzura que así había sido y le fue contando todo lo que le gustaría tener por Navidad. La conversación duró unos dos o tres minutos hasta que la niña volvió con su madre, no sin antes despedirse de su ídolo infantil que le dijo que tenía que continuar comprando los regalos de los demás niños.

La madre grabó todo el suceso y no dudó en publicarlo en sus redes sociales para que todo el mundo viera lo adorable que era su hija. Lejos

de ser un mal gesto, lo cierto es que la dulzura del vídeo era innegable y reflejaba lo mejor de la época navideña.

En cuanto terminó de leer la noticia no pudo evitar sentir una especie de cosquilleo. La situación era bonita, mostraba la inocencia de la infancia, la magia de la juventud. Intentaba no pensar en la farsa que representaba todo el asunto y si era necesario o no. No era el momento.

Lejos de centrar su atención en la niña, el auténtico héroe del vídeo era el mismo que para la pequeña: el desconocido señor de barba blanca y camisa roja. No tenía ninguna razón para hacer lo que hizo. Muchas otras personas habrían seguido adelante después de sonreír a la niña haciéndoles gracia su inocencia. Otras la habrían ignorado directamente. Pero la niña eligió con sabiduría seleccionando a este imposible padre de la Navidad de entre todos los candidatos con barba blanca vestidos de rojo con los que con seguridad se ha topado a lo largo de los días del mes. Eligió al señor con mayor bondad y respeto que podía encontrar, al que decidió dedicar su tiempo al compartir con ella unas dulces palabras que alimentaran la ilusión y darle una felicidad del modo más desinteresado posible.

En la noticia no se mencionaba el nombre del señor. Fue un suceso casual, seguramenete la madre no pensó en preguntarle cómo se llamaba. El señor no buscaba notoriedad. Simplemente quiso darle el regalo de una tierna felicidad a una niña que todavía mantenía ilusión en su interior, sin pedir nada a cambio. Y eso sí que es en lo que consiste la Navidad.

Capítulo 21

El **21 de diciembre** se quedó mirando hacia arriba, detenido con la boca abierta y sin saber qué hacer. Era solo un niño de estatura más bien baja, cabello moreno y desordenado, y con mucha energía en su interior. Llevaba un anorak azul que lo cubría por completo, apenas dejaba mostrar sus pequeñas piernas lo que le daba una actitud algo graciosa. Además, era su cumpleaños, ese mismo día hacía ocho años que había nacido. Y no entendía por qué había pasado eso justamente hoy.

El principio del día había ido sobre ruedas. Se despertó muy temprano y se levantó de golpe, emocionado. La mayoría de los niños estarían esperando todavía tres días más a que llegaran los regalos pero él ya iba a tener hoy unos cuantos. Sin duda el 25 también tendría otros que le traería Papá Noël, pero de alguna manera le hacían más ilusión los regalos de cumpleaños porque era una ocasión única específicamente dedicada a él. Era SU día. Y nada iba a poder robárselo.

Lo primero que hizo al salir de su habitación a toda velocidad fue entrar en el salón donde le esperaban sus regalos. Al llegar notó el frío del recién inaugurado invierno y se fijó que a través de la ventana la nieve empezaba a caer con calma. ¿Qué mejor manera de empezar a celebrar el día de su nacimiento que con la llegada de las primeras nieves navideñas? Además, en la mesa del salón había varios paquetes envueltos en papeles de regalo con colores saturados que hicieron que su boca dibujase una amplia sonrisa de felicidad. No se lo pensó dos veces antes de abalanzarse sobre ellos y destrozarse el papel en trozos para poder ver su contenido de inmediato. Una de las consolas de nueva generación con la última entrega de su juego favorito. Era exactamente lo que había pedido pero no por ello la sorpresa perdía efecto. Las mejores sorpresas son las que nos dan exactamente lo que queremos.

Se disponía a desembalar su nuevo medio de entretenimiento cuando su madre lo llamó desde la cocina diciéndole que el desayuno estaba listo. En principio fue rehacio a soltar la caja, pero los sonoros ruidos matinales de su estómago le ayudaron a tomar la decisión correcta. Sobre todo porque no era bueno enfadar a su madre, como había comprobado muchas otras veces. Y ni siquiera la excusa de su cumpleaños le salvaría de una buena bronca como no acudiera al momento.

En la cocina tenía preparado su desayuno favorito: tortitas con nata y sirope de chocolate. No se las solían hacer porque sus padres no paraban de repetir que la repostería había que controlarla pues era mala para la salud. Él no lo entendía porque nunca le habían sentido mal. Pero lo cierto es que tampoco podía hacer nada, si no le preparaban ellos las tortitas, se quedaría sin ellas. Y punto. Así que decidió disfrutar de cada bocado. Lo malo es combinar "disfrutar" y "despacio" no se le daban bien, por lo que

pronto acabó con su desayuno especial deseando que hubiera más. La madre le aseguró que por la tarde merendaría otro plato pero que primero se vistiera para salir a dar una vuelta. Emocionado, corrió de vuelta a su habitación, se vistió la ropa que tenía preparada en la silla, corrió al baño para lavarse los dientes y volvió a su lado.

Salieron de casa bien abrigados y dispuestos a disfrutar del día al máximo. El plan de la mañana era visitar todas las actividades que habían inaugurado en la ciudad debido a la cercanía de la navidad: atracciones infantiles, espectáculos, Belén viviente, puestos de videojuegos, etc. Pero lo que más le atraía al niño eran las bonitas luces navideñas que decoraban todas las calles con sus variados colores. A veces se preguntaba quién las colocaría, ¿sería algún elfo de Papá Noël? Cada año se sorprendía al darse cuenta de cómo aparecían todas de un día para otro sin ninguna explicación aparente. Pero da igual, las adoraba.

De repente las coloridas luces de Navidad se apagaron en cuanto saltó de la acera y comenzó a caminar por la calle. No solo las que tenía justo encima al lado de su portal, sino que paulatinamente todas las bombillas de la ciudad se fueron fundiendo, dejando las calles sin luz en el día más oscuro del año.

No entendía qué había pasado. ¿Cómo podía ocurrir eso precisamente el día de su cumpleaños?

Capítulo 22

El **22 de diciembre** las calles todavía permanecían cubiertas por la más triste oscuridad. Miró a través de la ventana y vio los mismos edificios que todos los días pero con un deprimente color gris inapropiado en esa época del año. En realidad en cualquier época. Pero a tres días de Navidad resultaba una amargura absoluta. Y todo había empezado el día de su cumpleaños. Era muy injusto.

Se acercó a sus padres y les preguntó qué estaba ocurriendo, cómo era posible que las luces de Navidad se hubieran estropeado. No supieron qué contestarle. Tan solo le dijeron que pronto lo arreglarían y todo volvería a estar iluminado de nuevo. No se dejó engañar. Veía la tristeza y la inseguridad en sus rostros. Ellos tampoco tenían ninguna esperanza.

Avanzó por los pasillos del apartamento y entró en su habitación. Se sentó en la cama y se puso a pensar. ¿Qué podía haber ocurrido? Tenía que haber alguna solución. Se supone que la Navidad es una época de felicidad, donde todo sale bien. El alumbrado festivo era esencial. Las luces de colores daban alegría a la gente paseando por las calles. No podían estropearse todas.

Se tiró en cama y las lágrimas empezaron a recorrer su rostro, pero se las secó con velocidad. Ya la tarde de ayer había hecho lo mismo así que no iba a permitirse ni un momento de debilidad más. Ya tenía ocho años, era mayor. Su cumpleaños se había estropeado, pero no iba a permitir que lo mismo pasase a la Navidad.

Saltó de la cama y salió de la habitación corriendo, hasta el fondo del pasillo. Hasta su puerta. Tenía por orden no llamar. Nunca. Bajo ningún concepto. No podía golpear la puerta por muy graves que fueran las circunstancias. Esas eran las reglas. Pero todos los mayores siempre decían que las reglas estaban para romperlas. Y no podían estar equivocados. Intentó no pensar en que ninguno de los mayores había sido capaz de solucionar el problema de las luces y que por lo tanto podía ser que a veces se equivocaran. La lógica también estaba para romperla. Además, pensó, no le interesaba lo más mínimo llamar a la puerta.

Cogió el pomo y abrió con total seguridad el cuarto de su hermana mayor. La vio tumbada en su cama, sus piernas estaban flexionadas para apoyar la tableta que estaba usando. En cuanto se dio cuenta de lo que había hecho su hermano pequeño sus ojos verdes se abrieron por completo y su frente dibujó una mirada de odio. Sus rubios cabellos se erizaron. Y su boca empezó a abrirse para soltar una previsible bronca descomunal.

Cualquiera habría escapado en ese momento. Cualquier otro día él habría escapado. Pero hoy era diferente. Hoy tenía una misión y la tenía que

cumplir. Se mantuvo firme y, antes de que ella empezara a gritar como una loca como solía hacer cada vez que se enfadaba con él, le dijo: Necesito tu ayuda.

Eso la desconcertó por completo. Su cara se relajó y paso a mostrar una gran sorpresa.

- ¿Qué ocurre? - preguntó ella con curiosidad.
- Las luces de Navidad siguen apagadas.
- ¿Y qué? Ya las arreglarán. ¿Eso es todo? Sabes perfectamente que no puedes entr...
- ¡Pero tenemos que hacer algo!
- ¿Nosotros? ¿Y qué podemos hac...?

El niño cogió a su hermana de la mano y empezó a tirar de ella, haciendo que se levantara de la cama casi cayendo al suelo. Menos mal que era buena deportista y tuvo reflejos para mantener el equilibrio. Sin soltarla, su hermano cogió algunas prendas de abrigo y se las dio para que se las pusiera. La chica desconcertada le obedeció movida por la firmeza del niño. En cuanto terminó su hermano volvió a cogerla de la mano y se dirigió a la entrada del apartamento. En cuanto estuvieron fuera, el niño se subió la cremallera de su anorak, se ajustó la bufanda y dijo:

- Sé exactamente quién puede solucionarlo.

Capítulo 23

El **23 de diciembre** no se sentía mucho mejor. La ciudad seguía a oscuras. El niño todavía miraba desconsolado desde la ventana de su habitación el fundido alumbrado navideño. Estaba completamente seguro de que su plan iba a funcionar, pero no había sido así.

Apesadumbrado, apoyó los brazos sobre el frío alféizar de la ventana y colocó la cabeza sobre ellos, recordando. El día anterior, tras salir del apartamento, se pusieron a caminar con un destino fijo en mente.

- ¿A dónde vamos? - le preguntó la chica que arrastraba de la mano.
- A la Plaza del Ayuntamiento. Ahí está la única persona que nos puede ayudar. - respondió el niño a su hermana.
- No creo yo que el alcalde vaya a hacer mucho caso a un niño de ocho años...
- No vamos a verle a él.
- ¿Entonces?

El niño no contestó. El resto del camino lo hicieron en silencio. La plaza no estaba excesivamente lejos así que la chica no se quejó, estaba bien salir a dar un paseo para darle el aire. Además, así se le pasaría la tontería a su hermano.

La plaza estaba formada por tres bloques de edificios y el imponente Ayuntamiento de la ciudad, que era comparable a las catedrales de una de las ciudades vecinas por la belleza de su construcción, era un orgullo para todos sus habitantes. La plaza en sí era muy amplia y se utilizaba para celebraciones de eventos como conciertos y manifestaciones. Y, por supuesto, también los festejos navideños. Generalmente en estas fechas del año solía estar abarrotada. Pero se veía que la falta del alumbrado navideño había hecho mella en el ánimo de los vecinos y apenas se veían algunas personas caminando.

Lo que sí se mantenía eran los motivos navideños: el Belén viviente estaba en una esquina esperando a que los curiosos fueran a contemplarlo, a su lado se encontraban algunas pequeñas atracciones como tiovíos o choques de choque, pero sin nadie que disfrutara de ellos.

Y allí estaba él, en su gran trono rojo y dorado, con un abeto a su izquierda decorado con bolas de colores y regalos. El señor con todas las respuestas sobre la Navidad, con magia que podía cumplir todos los deseos en esas fechas. Ahí estaba con su barba blanca, sus gafas y su traje rojo y blanco característico. Su hermana al verlo se dio cuenta de las intenciones del niño y no pudo evitar llevarse la palma de su mano a la

cara.

Siguieron caminando, acercándose al trono. El niño se fijó en los regalos que había por el suelo, siempre se había preguntado qué habría dentro de esos paquetes que colocaban por toda la ciudad en Navidad, le causaban una atracción irresistible. De hecho de pequeño había intentado abrir alguno pero la bronca que le echaron había surtido un efecto absoluto, pues nunca más lo volvió a intentar. Papá Noël mostraba un rostro aburrido por la falta de niños a su alrededor hasta que ellos llegaron, en ese momento esbozó una leve sonrisa y preguntó:

- ¡Ho-ho-ho! ¡Hola, pequeño! ¿Has venido a contarme qué deseas que te traiga por Navidad? ¡Espero que hayas sido bueno!
- He sido bueno pero tengo un favor que pedirte, Papá Noël.
- Dime, hijo.
- Ya he enviado mi carta de Navidad, pero quiero cambiarla. No quiero ninguno de los juguetes que pedí, quiero que consigas arreglar el alumbrado navideño para que todos podamos volver a caminar felices por las calles.
- Lo siento, hijo, pero me temo que esto ni yo ni mis elfos podremos arreglarlo, parece que va para largo. - respondió de forma tajante rascándose la cara por debajo de la barba postiza.

La chica miró al viejo papá navideño con vergüenza por no haber sido capaz de consolar a su hermano, quien ahora miraba al suelo, desilusionado. Le cogió de la mano y volvieron a casa.

Capítulo 24

El **24 de diciembre** no se presentó mucho mejor que los días anteriores. Las luces continuaban apagadas. No había colorido en las calles. No había felicidad en las caras de la gente. Especialmente en la de su pobre hermanito.

Sus padres se encontraban en la cocina preparando la cena navideña. Su hermano estaba metido en cama, tapado por completo, sin querer saber nada. Se culpaba porque todo había sucedido en su cumpleaños. El día anterior, después de estar con el falso e inútil Papá Noël, le confesó a su hermana:

- ¿Y si todo esto es culpa mía porque pedí cosas egoístas en vez de algo para todos?

Eso le rompió el corazón. El resto del camino de regreso a casa lo hicieron en silencio. Ella no sabía cómo consolarlo. Ya no culpaba tanto al viejo que acababan de dejar en su trono, pues ella sentía que no era mucho mejor. En casa cenaron sin decirse mucho, el niño no se distraía con nada hasta el punto de que se metió rápido en cama hasta el día siguiente.

La chica pensaba en todo esto y se preguntaba qué podía hacer. Se había fastidiado el cumpleaños de su hermano, eso ya no se podía solucionar. Pero igual que él había dicho, no tenía por qué fastidiarse también la Navidad. Se concentró en pensar buenas ideas que pudieran alegrar a su hermano y de repente se acordó de lo que le había pasado a principios de mes. Se levantó, cogió una libreta, escribió las palabras, arrancó la hoja y con ella en la mano se dirigió a la habitación de su hermano.

- No enciendas la luz. - le pidió él, sin quitarse las mantas de encima.

Ella pensó que tan tapado como estaba la luz no debería molestarle, pero le hizo caso. Simplemente se acercó, se sentó a su lado en la cama, cogió la nota y, mirándola, dijo:

- Hace unas cuantas semanas, estaba yendo a clase por la mañana porque tenía uno de los exámenes finales del trimestre. Estaba súper amargada, la verdad. Me había pasado estudiando todos los últimos días pero no me veía nada preparada... Me sentía muy agobiada. De repente una señora se me acercó, me puso esta nota en la mano y se fue. Iba a decirle algo pero no me dio tiempo, la señora estaba repartiendo más notas al resto de gente del tren. Al leer lo que ponía cambió mi ánimo durante todo el día y, si me apuras, el resto del mes. Me hizo sentir de una forma completamente diferente, muy feliz. Y creo que en esta nota está la clave de la Navidad, lo que de verdad significa. Aunque sucediera en tu cumpleaños, que el alumbrado navideño se haya fundido no es culpa

tuya, tontorrón. Es solo una casualidad, como miles que pasan cada día. No es tu responsabilidad y no puedes hacer nada al respecto. No debemos culparnos por las cosas malas. Tenemos que intentar hacer todas las cosas buenas que podamos. Tenemos que transmitir un mensaje que haga sentir mejor a los demás, que les haga ser felices. Cualquier cosa puede valer. No hacen falta mentiras, banquetes, regalos, milagros ni luces de colores. Hasta el detalle más bobo e insignificante puede mejorar el día de una persona. Como lo que pone esta nota.

La chica le tendió la hoja a su hermano y él la leyó:

“Eres una persona maravillosa.”

El niño se quitó las mantas de encima mostrando una gran sonrisa. Su hermana se la devolvió y se abrazaron.

El resto de la noche transcurrió como debía ser un auténtico día de Nochebuena... es decir: los hermanos se pelearon para no encargarse de poner la mesa, los padres discutieron mientras preparaban la cena, hubo discusiones, riñas... pero a fin de cuentas cenaron todos en familia.

Y en el momento que dieron las doce de la medianoche...

Capítulo 25

El **25 de diciembre** amaneció como si el mundo fuera diferente. El niño se levantó feliz de la cama y salió corriendo de la habitación. En lugar de como había hecho otros años, no fue directo al salón. En vez de esto, una vez en el pasillo se plantó en medio, deteniéndose a pensar. Dio media vuelta y fue hasta la habitación de su hermana para despertarla y llevarla a rastras hasta el salón.

La chica se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Bostezó y se llevó una mano a la cara para quitarse las legañas que apenas le permitían abrir los ojos. Estaba completamente dormida después de haber quedado hasta tarde con su familia viendo las típicas películas navideñas y comiendo dulces sin parar.

Observó cómo su hermano abría uno a uno todos los regalos que había bajo el decorado árbol del salón. Como hacen los hijos pequeños, después de abrir los suyos fue abriendo los del resto de la familia en orden: primero su hermana, luego su madre y finalmente su padre. Era algo que encantaba a los niños. A todo el mundo le gusta sorprenderse cuando rompes el bonito evoltorio que cubre un paquete del que desconoces su contenido. Y realmente el contenido es lo de menos. La ilusión de descubrirlo es lo más disfrutable. Además había que aprovecharlo al máximo porque mientras que el regalo en sí lo usarás el resto del próximo año, el momento de apertura, la sensación de sorpresa, son efímeros, solo duran esos pocos segundos de pura emoción.

La chica continuaba mirando a su hermano pequeño y, según se desperezaba, iba sonriendo al verlo tan feliz. Giró la cabeza y miró por la ventana y sonrió aun más al acordarse de cómo había terminado el día anterior.

Después de cenar con las típicas discusiones navideñas fueron todos al salón a ver la televisión. Los padres se sentaban juntos en el sofá, con el hermano pequeño, mientras que ella se sentó en uno de los sillones. Durante un rato estuvieron debatiendo qué película verían para ambientar la velada. El niño quería ver alguna película de dibujos mientras que la chica quería ver alguna de acción juvenil, aburrida de tanta ñoñería navideña; y los padres querían algún clásico. En principio fueron zapeando por los canales y se encontraron que emitían "Los diez mandamientos", lo que horrorizó a los dos hijos pequeños.

En el momento en que todos estaba peleando por el control del mando de la tele, llegó un gran resplandor del exterior. Al principio quedaron desconcertados. "¿Será Papá Noël?", preguntó el niño de manera inocente. Ninguno de ellos se atrevía a levantarse y acercarse. El pequeño decidió avanzar hasta la ventana, viendo cómo el resplandor se mantenía

pero iba cambiando de color, lo que hizo que se empezara a alegrar gradualmente según se acercaba al entender lo que ocurría: las luces brillaban de nuevo, el alumbrado navideño había vuelto. Abrió la ventana y sacó la cabeza con cuidado. Se dio cuenta de que todos los vecinos de su calle estaban haciendo lo mismo, observando cómo la iluminación de Navidad volvía a ambientar las calles.

El niño se quedó prendado del colorido que hacía días que no veía, pero por alguna razón bajó la vista hasta el pie de calle. Había un señor subido a una escalera cerca de uno de los cables del alumbrado. Por lo que se podía entender, había estado ajustando los cables del alumbrado. El señor bajó de la escalera y miró toda la calle. Se sacudió las manos satisfecho y cuando se disponía a coger sus herramientas y marcharse, de repente escuchó:

- ¡Muchas gracias, señor! ¡Ha salvado la Navidad! - le gritó el niño desde su ventana.

Al hacerlo, el resto del vecindario se dio cuenta de lo que ocurría y todos empezaron a gritarle gracias y a aplaudir al anónimo señor. Él no sabía cómo reaccionar, se quedó petrificado pues nunca había recibido más agradecimiento que el ver a la gente disfrutar de sus luces y nunca le había hecho falta nada más. Pero le hacía sentir muy bien. Se sentía feliz, más feliz de lo que había sido durante todo el año.

Sin lugar a dudas, era Navidad.

Capítulo 26

El **26 de diciembre** al levantarse se dio cuenta de que no había recogido nada el día anterior.

La mesa del comedor estaba todavía con el mantel navideño y encima continuaban los platos, vasos, bandejas y demás parafernalia que había preparado. Era una mesa de madera bastante grande, podía albergar seis personas en los laterales y dos presidenciales, con acabados ornamentales bien pulidos que no habían sido dañados mucho por el tiempo a pesar de que tenía bastantes años.

El comedor era muy amplio, como casi todas las habitaciones de su hogar, una casa bastante grande que mucha gente confundía con una mansión señorial. No tenía queja. Era la casa donde había crecido y que había heredado al morir su padre. Tenía muy buenos recuerdos en todas y cada una de las habitaciones: su infancia, su adolescencia, su matrimonio... así que no planeaba irse de allí ni a corto ni a largo plazo.

Suspiró y salió del comedor. Ya habría tiempo para recoger, primero lo mejor era desayunar tranquilamente. Bajó las escaleras de marmol y entró en la cocina. La encontró tal y como la había dejado: hecha un desastre. Las verdes paredes, el marmol y el suelo estaban sucias debido a los pequeños accidentes que había tenido cocinando: la vitrocerámica estaba manchada porque se salió el agua al hervir, el suelo lleno de restos de comida, el marmol con manchas de aceite...

Le encantaba cocinar pero lo cierto es que nunca se le había dado bien. Pero eso no evitaba que los días importantes se metiera a preparar mil manjares diferentes. Distintos no solo unos de otros, sino que cada vez probaba recetas nuevas, extrañas, exóticas, para poner a prueba sus habilidades y dar oportunidad a sabores únicos. Y lo eran. En ningún lugar más se podían saborear semejantes atrocidades. Pero era un hobby como cualquier otro y le entretenía, así que solo por eso valía la pena el esfuerzo. Y el riesgo, porque los gases que emanaban a veces los platos era mejor que los examinaran con mascarilla antigás.

Sacó de la nevera un cartón de leche y llenó una pequeña taza que puso a calentar en el microondas. No era muy aficionado al café, así que en cuanto la leche estuvo caliente, la vertió en un vaso y echó unas pocas cucharadas de cacao para darle sabor. Calentó unas tostadas y las untó de mantequilla y mermelada de melocotón, que era su favorita. Se sentó a disfrutar del buen desayuno y así obtener fuerzas para el resto de la mañana.

Una vez hubo terminado, colocó el vaso y el plato que había manchado dentro del lavavajillas pues prefería no dejar las cosas por ahí

dispersadas, lo mejor era recoger todo al momento. En ese momento se dio cuenta de la ironía, pues iba a tener que ocupar las próximas horas recogiendo todo lo que había dejado ciscado sin reparo la noche anterior. Aunque eso no hacía más que darle la razón en que lo mejor es siempre dejar todo limpio al momento. Para no tener que perder el tiempo limpiando demasiado tiempo, lo mejor es no ensuciar en lo posible.

Se lavó las manos en el fregadero, se arremangó el pijama y se puso manos a la obra. Subió al comedor, recolectó los platos y procedió a bajarlos a la cocina, colocando cada uno de ellos con cuidado en su lugar en el lavavajillas. Luego bajó los vasos y los enjuagó a mano, pues eran copas de cristal demasiado delicadas como para arriesgarse a que el electrodoméstico las rompiera.

Por último quedaban las bandejas de comida con todas las recetas nuevas que había probado ese año. Estaban casi llenas, pues era demasiada comida para una sola persona. Recordó que de pequeño ayudaba en casa a preparar la comida navideña y la disfrutaban todos en su familia. Cuando solo quedaba su padre, le preparaba comidas tradicionales pues todavía no se atrevía a experimentar. Pero con su esposa ya dio rienda suelta a su imaginación y juntos se divertían con los estropicios que llegaba a hacer.

Pero hacía quince años que se había quedado solo. Aun así, por pura costumbre continuaba preparando las comidas navideñas. Aunque no tuviera ya con quien compartirlas.

Capítulo 27

El **27 de diciembre** se quedó completamente solo después de que toda su familia lo abandonara. Se paró en la puerta de la casa observando cómo metían el equipaje en el maletero y se subían al coche, sin mirar atrás en ningún momento. Ni siquiera cuando arrancaron se dignaron a mirarle una última vez antes de desaparecer por la tortuosa carretera.

Después de unos instantes que podían haber sido tanto segundos como minutos, cerró la puerta y se tiró en el sillón del salón desganado por completo. Delante de él tenía el sofá donde solían sentarse todos cada día. Ahora mostraba un vacío tan descorazonador que le helaba el corazón.

Hacía años que no le prestaba atención a la televisión, pero decidió encenderla con tal de conseguir aplacar ese silencio absoluto que caía encima de él como una pesada losa. Al pulsar el botón del mando, la televisión emitió su clásico ruido ensordecedor como todas las televisiones de tubo. Aunque la mayor parte del mundo ya tenía una flamante televisión de trepocientos pulgadas y resolución 4K, él todavía se resistía a sustituir su querido monitor de tubo que llevaba acompañándole las últimas décadas. Donde tantas películas habían disfrutado en familia...

No estaba surtiendo efecto. Necesitaba distraerse pero los recuerdos afloraban por todas partes. Era esa casa. A fin de cuentas todo había sucedido ahí, tantos los felices y buenos años... como los angustiosos y terribles días recientes, llenos de gritos, odio y dolor.

Se levantó del sofá, cogió un abrigo del armario de la entrada, se anudó la bufanda a cuadros al cuello, se puso los guantes de cuero, se calzó unas botas de goma y salió a la calle. No tenía pensado a dónde ir, solo sabía que tenía que salir de allí y distraerse como fuera.

Caminó con calma hasta el pueblo, bajando la cuesta que lo unía con su hogar. Era un camino muy descuidado, asfaltado hace unos años tras una reforma concejal, pero aun así se notaba que la colina donde vivía era bastante ignorada por los mandamases del pueblo. Había intentado luchar porque mejoraran sus condiciones pero ya nadie le escuchaba.

Al llegar a la plaza del pueblo se dio cuenta de lo vacía que estaba. Era domingo así que la mayoría de los establecimientos estaban cerrados, incluso las cafeterías se habían tomado vacaciones por Navidad. Luego se quejarían de que no ganaban lo suficiente, pero estaba claro de que se lo merecían porque no se esforzaban lo más mínimo.

Se dirigió al paseo marítimo que rodeaba el pueblo bordeando la costa. El mar golpeaba la arena con bravura y sonoridad. Era un ambiente que le

encantaba. Todas las mañanas recorría ese trayecto y se detenía a observar el horizonte, olvidándose de los problemas hogareños. Pero ahora no lo reconfortaba, estaba todo demasiado reciente y ni siquiera su lugar especial lograba hacerle evadirse de la realidad.

Continuó caminando hasta llegar a la carretera principal que atravesaba el pueblo y lo dividía en dos mitades que mucha gente utilizaba como metáfora del clasismo que todavía existía entre sus gentes. Era muy triste que en el nuevo milenio todavía se dieran diferencias tan absurdas pero él prefería evitar esos temas y hacer como si no existieran.

En realidad así hacía con todo, era un experto. Siempre buscaba la forma de escaquearse de las responsabilidades, de no hacer frente a la realidad. Y cada vez lo hacía más. Lo peor no era eso, sino que echaba la culpa de todos sus problemas a los demás. En el último año se había quedado sin trabajo, así que tenía que quedarse más tiempo en casa. Habitados a no verse durante la mayor parte del día, los roces aumentaron entre todos los miembros de la familia, chocaban de manera constante, todos se molestaban por cualquier nimiedad, nadie hacía suficiente pero todos exigían demasiado. Él el primero. Aunque no se daba cuenta, pensaba que era una víctima de todo lo que sucedía. Prefería no aceptar que si quería mejorar las cosas tenía que hacer algo por ello. Debería dejar de ignorar la realidad y abrir los ojos a lo que pasaba a su alrededor.

Igual que debería haber estado más atento cuando el turismo lo embistió.

Capítulo 28

El **28 de diciembre** no era uno de sus días favoritos, sino más bien al contrario. Detestaba las bromas desde que tenía memoria, no le gustaban la falsedad ni los engaños. No era carencia del sentido del humor, simplemente no le gustaban las mentiras, por muy inocentes que fueran.

Así que cuando recibió la primera llamada no se la creyó. Descolgó el teléfono de su madre, escuchó la absurda e irrespetuosa noticia y colgó sin dignarse a contestar. A él no le tomarían el pelo.

Se habían instalado en casa de su abuela durante unos días tras la fuerte discusión familiar. Su madre aparentaba tranquilidad pero él sabía que en el fondo estaba destrozada por dentro. Su abuela mostraba la misma calma así que lo más seguro era que fuera cosa de familia. Por desgracia era un don que él no había heredado. Durante todo el día anterior había notado un escozor en el estómago y una angustia que se hacía patentes en su rostro, nunca había sido capaz de disimularlo.

Hacía tiempo que se veía venir. Los problemas y las discusiones no dejaban de aumentar día a día durante el último año. Sus padres ya no se trataban como de costumbre, no había ese cariño entre ellos, especialmente desde que él había perdido el trabajo. Al estar todos los días en casa el roce era constante. Su madre era la única que ganaba dinero para mantenerlos a todos, pero trabaja en casa, escribiendo en su estudio, así que estaban condenados a encontrarse. Lo lógico sería que su padre se encargara de las tareas domésticas, pero era algo que se le daba fatal en realidad. Lo sabía y lo odiaba. Su carácter se había agriado, estaba más irascible, todo le molestaba. Ya ni se interesaba por todos los hobbies que tenía, nada le motivaba. Como quien no quiere la cosa, el aburrimiento se hizo tan presa de él que no era capaz de aplacarlo con nada, a excepción de una única cosa: beber. Su padre nunca había sido un borrachuzo del pueblo, cuando el joven era pequeño rara vez lo había visto bebiendo. Pero ahora que pasaba tanto tiempo en casa se había convertido en su vicio favorito. A todas horas se le veía llenando una y otra vez copas de cristal con distintos licores. Lo malo es que solo lo hacía más llevadero para él. Para los demás seguía siendo insoportable, pues el alcohol hacía que su actitud fuera más irascible y desagradable que cuando simplemente estaba aburrido.

Su madre aguantó todo lo que fue humanamente posible hasta que no pudo más. El día anterior por la mañana tuvieron una discusión inmensa tras la cual su padre se encerró en el salón mientras que su madre empezó a hacer las maletas y le dijo a su hijo que hiciera lo mismo. El joven no se lo tomó con sorpresa pero tampoco le gustaba la idea, aunque sabía que era lo mejor así que obedeció. Sin mediar palabra cogieron las cosas, salieron por la puerta principal y se metieron en el coche sin decir

nada.

Al principio su madre condujo sin una dirección en mente, tan solo necesitaba salir cuanto antes del ambiente agotador de su hogar. No dijeron nada durante un buen trecho durante el trayecto. Al final ella decidió ir a casa de la abuela para poder dormir algunos días y pensar en lo que hacer a continuación, de momento todo estaba muy reciente y no era sensato tomar ninguna medida más drástica que la que ya estaban tomando.

La abuela los acogió con los brazos abiertos y comentarios hirientes como que ya se veía venir la situación, igual que siempre hacen las ancianas, pues todo lo saben y todo lo han adivinado. Aun así, les dio una buena hospitalidad dejando de lado las pullas que soltaba de vez en cuando, y pudieron pasar la noche sin mayor percance.

El día siguiente se levantaron algo más animados hasta que los recuerdos de la discusión volvieron a sus mentes. El teléfono de su madre volvió a sonar y el joven volvió a cogerlo. Cuando vio que reaccionaba con furia, su madre recuperó su teléfono y decidió contestar con un poco más de calma. Al escuchar de forma atenta, el joven vio cómo su madre se volvía pálida y empezó a temer que las llamadas no fueran ninguna broma.

- Tu padre ha tenido un accidente, está en coma. - dijo su madre después de colgar.

Capítulo 29

El **29 de diciembre** el monitor ambientaba la habitación con sus pitidos intermitentes, marcando cada una de las pulsaciones del hombre que yacía en la cama del hospital, sumido en un largo sueño impuesto.

Su mujer había pasado la noche allí. No de muy buena gana. Después de la discusión lo que menos le apetecía era tener que compartir habitación con él, pero eran su única familia y no le quedaba más remedio. Además, en el fondo todavía le quería. Llevaban muchos años juntos y tenían un hijo en común, estaban enlazados de manera inevitable.

En ese preciso instante, el hijo entró en la habitación y preguntó si había novedades, a pesar de que era evidente. Se sentó un rato junto a su madre, en silencio, sin que hiciera falta que nadie dijera nada más. Una enfermera entró por la puerta, saludó y se dispuso a observar el estado del paciente.

- ¿Ha podido dormir algo? - preguntó a la mujer.- Por suerte, este invierno no está siendo especialmente frío, aunque estas habitaciones no son muy cómodas para las visitas.

- No se preocupe, no iba a estar más cómoda de ninguna manera. - respondió sin ganas.

El joven no le quitaba el ojo de encima a la enferma, una chica joven, no mucho mayor que él, de cabello moreno y labios gruesos. En cuanto ella se despidió, el chico reaccionó y le comentó a su madre que iba a buscar algo de comer. La mujer sonrió y le respondió que no tuviera ninguna prisa, y le guiñó un ojo. Cuando su hijo cerró la puerta de la habitación, la mujer se acercó a la cama y observó a su marido. Su mirada era una mezcla de rabia y pena contenidas. Le quemaban por dentro y le hacían infeliz.

- Espero que estés contento. Ya has conseguido lo que querías. Aquí nos tienes, de nuevo a tu lado, miserables como estábamos siendo todos estos días. Sé perfectamente que no es tu intención hacernos sufrir, pero es lo que estás logrando. A todos nos ha afectado que hayas perdido tu trabajo, las cosas se han puesto difíciles y apenas llegamos a fin de mes. Pero discutir, darte a la bebida y ser atropellado no ayuda, estúpido egoísta.

Se recostó en su asiento, suspiro y continuó:

- Siempre has adorado estas fechas, la maldita Navidad. Todos los años la has esperado con emoción. Cada diciembre cuando llegabas del trabajo te ponías a colocar todos los adornos y a comprar ducles, luces y demás parafernalia. Inundabas la casa de muñecos cantarines y velas. No te

importaba lo más mínimo que ni a tu hijo ni a mí odiásemos la Navidad. No creemos en ella. Cada año que pasa menos. Pero te equivocas: no es porque seamos unos infelices amargados. Es porque nos la impones. Se supone que son fechas en las que tratarse bien los unos a los otros, y tú no dejas de criticarnos porque no te seguimos el juego. Encima este año nos hemos visto obligados a pasar todas las horas bajo el mismo techo y has visto que no nos interesaba lo más mínimo. Empezaste a ver que no te gustaba nada de lo que había en casa. Y que no te gustaba cómo éramos. Y que no te gustaba nuestra vida en general. ¿No te das cuenta? No hay ningún problema en cómo somos, en nuestra vida, más allá de los problemas que tiene todo el mundo. Es simplemente que hasta ahora te habías limitado a ignorar todo lo que no te gustaba y ahora no te queda más remedio que afrontarlo. Pero no quieres, te has convertido en un cobarde. Si no te gusta algo de casa, ¿por qué no lo cambias? Tienes todo el tiempo del mundo. Esfuérzate en hacer las cosas a tu modo, pero hazlas tú, no se las impongas a los demás, no obligues a nadie a hacer lo que tú quieres cuando ni tú lo haces. Deja de quejarte, deja de lloriquear en cada habitación porque no te gusta cómo son las cosas y muévete. ¡Muévete, maldito egoísta, muévete!

Cuando se dio cuenta, estaba agitando el cuerpo de su esposo con violencia, pero este seguía sin despertar.

Capítulo 30

El **30 de diciembre** su imaginación estaba desbordaba, no paraba de pensar en besarla y acariciar cada centímetro de su piel, de no separarse de su cuerpo, de disfrutar y hacerla gozar... y esto a ella la incomodaba bastante porque lo leía con claridad en sus ojos, pero lo comprendía porque, aunque apenas se llevaban cuatro años de diferencia, sabía que a su edad era difícil evitar esos pensamientos. Estaban sentados en la cafetería al mediodía en su hora de almuerzo después de pasarse toda la mañana atendiendo a enfermos, generalmente ancianos con las manos muy largas. Por lo tanto, ver cómo los ojos de un joven de dieciocho años le deseaban se le hacía un cambio agradable.

El móvil del joven sonó, sus ojos dejaron de observarla para echarle un vistazo a la pantalla iluminada que mostraba la notificación. Su mirada pasó de mostrar deseo a mostrar tristeza, ella se dio cuenta de que era su madre, que todavía estaba cuidando de su padre tras el accidente.

- No tienes de qué preocuparte, ¿sabes? - dijo ella para intentar animarlo.
- No, si no estoy preocupado - respondió volviendo a mirarla pero no fue capaz de recuperar la pasión de antes. Ella echó de menos la incomodidad de su deseo, porque su tristeza era peor.
- No puedo asegurarte nada, pero yo creo que tu padre se recuperará - continuó ella-, hay muchos casos similares de gente que despierta del coma. Sobre todo de accidentes como estos. No es tan raro como pudiera parecer.
- Lo siento, pero no creo mucho en los milagros. - contestó con cinismo.
- Estamos en Navidad, deberías creer en ellos.
- Puff, no me vengas con esas... mi padre también es un súper adorador de la Navidad. Llena la casa de luces, bolas de colores y muñecotes por todas partes. Ni siquiera de pequeño me hacía mucha gracia, ahora mucho menos. Me parece todo muy hipócrita.
- ¿Por qué? - se interesó ella.
- Porque es como si tuviéramos que ser felices solo durante esta época, parece más una obligación que otra cosa. Y en el fondo estas fechas no tienen nada de especial. Las luces no se ponen por otra razón más que para compensar que es el mes con las noches más largas, que sean de colores y simbolizen la felicidad es solo pura superchería.
- En realidad ningún mes tiene nada de especial.
- Exacto.
- Pero... ¿entonces por qué no hacerlo especial? Ninguna de nuestras vidas es especial: nacemos, crecemos, nos reproducimos y morimos. Lo veo a diario en el hospital. Pero decidimos hacer valer cada día de nuestras vidas para demostrar lo contrario.
- Y no lo conseguimos.
- Eso depende del punto de vista. Yo sí creo que podemos hacer nuestras

vidas especiales. Desde pequeña siempre supe que quería dedicarme a la medicina y hacer algo por ayudar a los demás. Marcar una diferencia. Hay demasiada gente mala por ahí, hay mucha gente egoísta. Prefiero no ser parte de ellos. Prefiero hacer cosas buenas.

- Sí, vale, tú las haces todos los días. Pero la Navidad parece que dice que solo las hagamos una vez al año.

- Eso es solo mercantilismo desafortunado. Es como las rebajas, ¿crees que se vendería mejor si los precios fueran siempre más bajos? La gente prefiere cosas especiales en fechas determinadas.

- Tampoco es que haya pasado nada muy especial estas navidades.

- ¿Eso crees? Aquí he escuchado cosas muy sorprendentes este mes.

- ¿Como qué?

- A principios de mes falleció un señor que puso en su testamento que se publicaran sus obras inéditas y que todos los beneficios fueran a pasar a hospitales. Uno de los pacientes de las últimas semanas hablaba de un hombre que estaba esforzándose en hacer buenas obras porque había visto un ángel. Un vídeo viral de un señor alegrando a una niña haciéndose pasar por Papá Noël. Y quién sabe qué más. Cada día ocurren mil milagros, solo que no nos enteramos. No creo en la magia de la Navidad, pero tengo esperanza en la bondad de la gente. Y cualquier razón para que esta aflore es bienvenida. Si quieres, te lo puedo demostrar de nuevo en el almacén.

La chica le guiñó y le acarició la mano, y el joven creyó un poquito más en los milagros navideños.

Capítulo 31

El **31 de diciembre** comenzó la cuenta atrás hacia un nuevo año. Tocaba hacer repaso a todo lo sucedido los anteriores doce meses. Todas las decisiones tomadas. Todos los logros y errores. Y plantear los propósitos a cumplir en los doce próximos.

El tiempo se había terminado. Y comenzaban las últimas doce campanadas.

12, 11, 10...

La plaza de la ciudad rebosaba de gente reunida para despedir el año. Todos vestidos de gala, todos con copas en una mano y confeti preparado en la otra.

Aquí estaba la chica con su hermano pequeño y sus padres. El niño se sentía feliz al ver iluminar todas las luces de la plaza, especialmente el alumbrado navideño que tanto le había obsesionado días antes. A su lado, su hermana pensaba en todas las esperanzas depositadas en un año nuevo. El año había sido bastante agobiante pero desde que aquella mujer le dio la nota en el tren, sus perspectivas habían cambiado. Solo podía pensar en transmitir el mismo mensaje a todo el mundo y demostrar que todos pueden ser personas maravillosas.

Entre el gentío también se encontraban el viudo, el buen samaritano que había visto un ángel, la pareja feliz y muchos más. También el señor del alumbrado, rodeado de toda la gente que le había aplaudido al haberla hecho feliz arreglando las luces de Navidad, no podía pedir nada más de este año.

...9, 8, 7...

Las estanterías se agitaban con cada movimiento. El suelo se iba llevando de cajas de medicinas e instrumental, pero no parecía importarles.

El joven y la enfermera se entrelazaban en el almacén del hospital aprovechando que todo el personal estaba pendiente de las celebraciones del nuevo año. El chico la besaba y acariciaba con inexperiencia, torpeza, pero eso a ella le parecía muy tierno y le intentaba guiar con cuidado.

Él se sentía muy feliz en ese momento, olvidando todas las penurias de los anteriores doce meses. Solo tenía en su mente a la dulce y guapa enfermera con la que nunca se había imaginado que podría llegar a estar. Pero la suerte le había sonreído por una vez en la vida. No había mejor

forma de terminar el año.

...6, 5, 4...

La mujer estaba sentada al lado de la cama, con la mano derecha cogiendo la de su marido, mientras observaba en la televisión cómo las campanadas estaban a punto de terminar. Con su mano libre iba tomando cada una de las uvas. A su lado, en el alféizar de la ventana, descansaba una copa llena de doce uvas, sin tocar.

Las voces del gentío y las celebraciones que emitía la televisión amortizaban cualquier otro sonido, incluso el de los monitores cardíacos que tenían a su lado así que no notó cómo empezaron a reaccionar. Lo que sí notó fue una presión en su mano derecha.

...3, 2, 1.

El autor terminó de escribir y quedó satisfecho. Observó la pantalla y vio sus 31 cuentos diarios del último mes. Por no hablar de los anteriores 30 poemas y los más de 300 escritos que había ido realizando a lo largo de todo el año. Citas, frases, conversaciones, microcuentos, poemas y narraciones. Había cumplido su propósito tal y como se lo había planteado 365 días antes. Ahora tocaba proponerse nuevos retos para los que sentía de sobra preparado. Bienvenido sea el año nuevo.